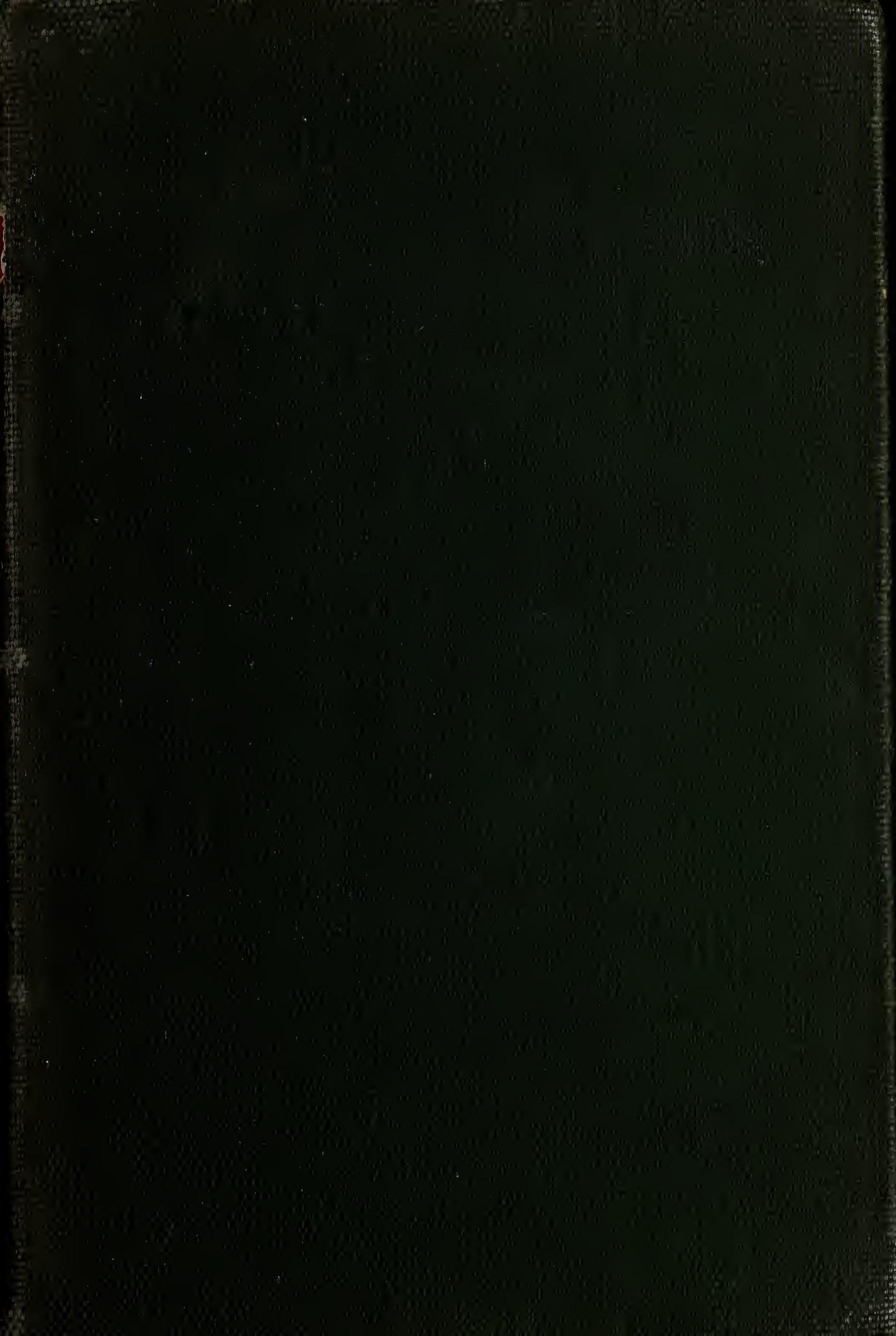
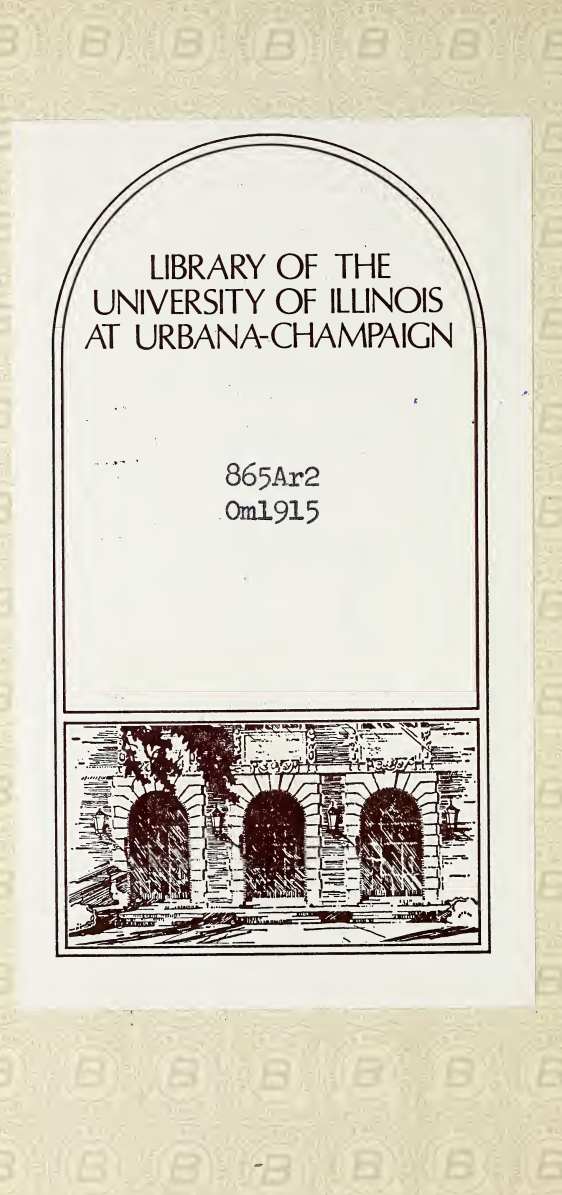
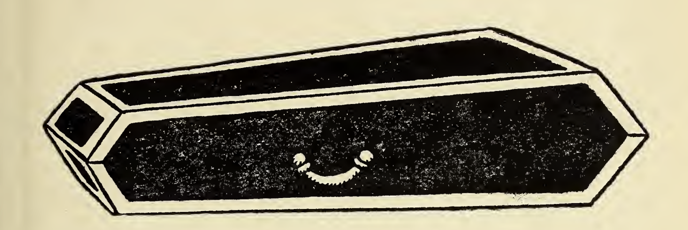




JOAQUIN ARDERIUS

MIS MENDIGOS



Dios es la nada. Y su poder es la negacion infinita de todo. El sol el corazon de Dios. Los mundos gotas del sol. Los hombres microbios de un mundo. Somos nada. Somos Dios.

Carmen y Andres

MADRID
IMPRENTA HISPANO-ALEMANA
Gonzalo de Córdova, 22.—Teléf. 4.610
1915

MIS MENDIGOS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

MIS MENDIGOS.

EN PRENSA

EL ENGENDRO (novela).

EN PREPARACIÓN

EL PECADO ORIGINAL (novela).

JOAQUÍN ARDERIUS

MIS MENDIGOS



MADRID
IMPRENTA HISPANO-ALEMANA
Gonzalo de Córdova, 22.—Teléf. 4.610
1915

PROLOGO

PRÓLOGO

PARA MI QUERIDO HERMANO
Y MAESTRO TOMÁS.

Sin el Sol ¿qué podría fecundar la Tierra? Nada. El Sol es el calor, es la luz, es la vida de todo.

Pues bien: Tú has sido para mí un sol, un sol florecedor de primavera, un sol extraordinario, potente, capaz de dar dinámica á lo muerto con su fuego.

Con el calor y la luz de tu inteli-

gencia y de tu ejemplo, á la manera que el Sol disipa con su vaho un cielo gris, recio, casi impenetrable, para poder clavar en nuestro suelo sus rayos de oro, como lancetas impregnadoras de vacuna vital; tú has derretido un telo asfixiante, negro, que envolvía á todo mi sér.

¡Creaste el día en mi alma!



¿Cómo no llevar grabado con una substancia indeleble de amor, en las remembranzas de mi cerebro, el recuerdo de las noches aquellas en que tú confeccionaste tu primer libro?

Aquellas noches fueron para el bál-

samo que mitiga mis dolores, lo que el fuego es para las cenizas; que sin él no pueden existir.

¿Las recuerdas? ¡Oh! Todavía orla á mi corazón el encaje de espuma que las olas gigantescas de mi espíritu formaban al estrellarse contra él. Todavía irradian las burbujas los destellos de la alegría acendrada. Las conservaré, venerándolas, como á mi único Dios.

En aquel trabajo que te embargaba, ¿no íbase cristalizando la suprema aspiración de tu vida? ¿No comenzaba á echar la flor el rosal de tus deseos? La abeja de la satisfacción ¿no zumbaba junto á sus flores? Cuando

el amor es puro, el sér que ama, ¿no siente en lo más intimo de su espíritu el beso gemelo que los labios del Destino estampa sobre las fibras del corazón del sér á quien se ama? El agua, símbolo del amor, cuando es cristalina, ¿no deja transparentar su fondo, á la par que capuza en él las imágenes de todo lo que la rodea, con la intensidad de lo existente? Cuando en el cielo ríe la Luna, ¿no la mete en lo más profundo de su seno el mar?

Parecerá insólito, pero es verdad; el fruto de tu cerebro reprodujo su imagen en el mío, y el fantasma rompió su cubierta y generó en mi frente pensamientos.

¡El lago poseía con tanta potencia el retrato del sauce que vivía junto á su orilla, que llegó hasta hacer de él uno real!



Siguiendo los impulsos de mi sufrir, que es mi tirano, con el que voy tan esclavizado como el color va con la luz, semejante á esos leprosos que alivian sus dolores mostrando la roñosa piel á las demás criaturas, yo presento en el escenario del mundo las visiones que engendra la fiebre de mi vida.

Poco me importa, nada me importa que los fantasmas de mi dolor no levanten nubes de interés.

Poco me importa, nada me impor-

ta que los fantasmas de mi dolor no oigan los aplausos que brotan fogosos de las manos del hombre que admira.

Poco me importa, nada me importa que los fantasmas de mi dolor representen sus comedias en el más absoluto abandono de espectación; ¡hasta que los pocos que los vean, se rían de ellos!

Estos espectros de mi pobre fantasía no son artistas remedadores de la verdad, que para agradar al público, para que éste le ciña la corona de laureles, lloren con el corazón bailando de gozo y rían con el corazón agrietado de pena.

Estos espectros de mi pobre fantasía no representan farsas amasadas con saber humano.

¡Son mendigos que lloran, á la orilla del camino del Tiempo, *bajo un cielo negro arañado por relámpagos de sangre!*

¡Son mendigos que lloran, á la orilla del camino del Tiempo, *estenuados por el hambre, con las bocas contraidas por un gesto terrible de dolor, sin osar morder sus propias carnes para comerlas!*

¡Son mendigos que lloran, á la orilla del camino del Tiempo, *abrasados de sed, dejando deslizarse por sus labios las lágrimas de sus lloros, sin beberlas!*

¡Son mendigos que lloran, á la orilla del camino del Tiempo, *revolcándose sobre el fango de sus propias miserias!*

¡Son mendigos que lloran, á la orilla del camino del Tiempo, *faltos de todo!*

¡Son mendigos que lloran á la orilla del camino del Tiempo, *sabiendo que son mendigos! Y piensan:*

¿Será posible que yo haya sido engendrado por la propia voluntad de un alguien, dueño de creación perfecta?

¿Será posible que adrede me hayan puesto estos ojos, paladares refinados de luz, para no poder filtrar por ellos más que negruras?

¿Será posible que esta materia que compone mi cuerpo haya sido formada para ser devorada por mis dientes, digerida por mi estómago, para irse después á nutrir á sí misma?

¿Será posible que yo tenga tanta sed y no conozca más fuente que los chorros de lágrimas que brotan de mis ojos?

¿Será posible que en el caos de mi pecho lata mi corazón, sol de los soles, para que sus rayos de amor se pierdan en el vacío del odio?

¿Será posible que la mano que pudo hacer de mí un volcán, en actividad perenne, haya hecho un abismo, sin fondo, de miseria?

Y así pensando, mis pobres mendigos se pierden en la inmensidad negra del cielo que los cobija.

Estos mendigos tienen por gérmenes gotas de mi corazón, que brotan á los ojos en forma de lágrimas. No creas que, aunque encarnadas, mis lágrimas se tornenin coloras, pierdan su esencia. ¡La esencia perdura en ellas aunque el color lo pierdan; es que la luz las descompone!

Recíbelas, pues, tú, que tanto bien me has hecho con tu ejemplo

JOAQUÍN.

LOS SUPERDIOSES Y EL ABULICO

I

Recostada en la falda de una Sierra pasa su vida una aldea. No aumenta ni mengua: siempre son las mismas sus viviendas, con el mismo color sus fachadas, con la misma altura sus policromos tejados.

La Sierra es bermeja, con una corona de rocas violáceas en su cumbre. Desde ella se domina el mar; es el pico más elevado de todo el contorno. Entre las

grietas de las rocas hacen sus nidos las águilas.

Más abajo del caserío hay unos cuantos bancales de huerta; más abajo discurre inmutable un arroyo.

II

Vas hoy, vas mañana.

Te subes arriba, á las rocas. Miras á levante, verás el mar; un mar que, como está tan lejano, no podrán percibir tus ojos si está tranquilo ó si está furioso. Sólo una superficie azul columbrarán.

Sin saber por qué te emocionas.

Clavas tus pupilas en la gasa tejida por las aguas. Después respiras con una fuerza inverosímil, con una fuerza de

atleta y exclamas, con el rostro oreado por la brisa: «¡Qué hermoso es el mar!»

Al rato, la aldea atrae hacia ella tu atención. Diriges tu mirar al hondo.

PIENSAS

Ahí vive gente, y, sin embargo, ¡qué silencio! Ni una risa, ni una voz, ni un suspiro.

Por el momento te da deseo de vivir allí.

Los cuadros de sembrados saltan lozanos de la tierra, de la misma tierra que á los pocos pasos más allá no cría.

Te sucede con los sembrados lo mismo que con el mar: estás tú tan elevado y ellos tan profundos, que te es imposibles saber qué clase de hierbas germi-

nan en sus áreas. Las manchas verdes nada más puedes saber que existen. Crees ver en ellas un lecho sublime y y anhelas descansar sobre él.

De súbito, el hilo plateado del arroyo parece decirte: «Mírame á mí también.»

Le obedeces.

PIENSAS

Yo tengo sed. ¡Si yo pudiera aproximar mis labios y beber!

Tu corazón arde en deseos. Tu pecho es una caldera, en donde hierve la aspiración. Como el soplo que tiene que apagar el fuego que lo alimenta no surge, sigue agitado.

III

Sacas el pañuelo, te lo pasas por la frente. El aliento del mar parece que quiere arrebatártelo. Tienes que sujetarte el sombrero, porque también corre el riesgo de ser arrastrado.

Escuchas un aleteo tremendo á tu espalda. Alzas los ojos. Un águila se eleva en el cielo.

Hasta ese momento no te has fijado en el cerúleo espacio.

Sigues con la vista el remontarse del ave. A medida que sube disminuye su tamaño, hasta parecerte como una paloma.

PIENSAS

¡Oh! ¡Si yo pudiera volar! Pero no puedo. Soy un hombre y los hombres no tenemos alas.

Te contemplas los brazos, te contemplas las piernas, todo tu hermoso cuerpo de rey de la creación, y te sientes ridículo, te enfureces sin saber por qué.

¡Sí! Porque eres un hombre y no eres un ave.

IV

Te sientas en una de las rocas; hirmas los codos en las rodillas y la frente sobre las manos.

Por muy escéptico que seas,

PIENSAS

Nunca he deseado ver deshacerse las olas del mar junto á mis pies como lo he anhelado esta tarde. Y, sin embargo, ha sido la vez que más retirado lo he visto. Jamás he ambicionado vivir en una aldea como esa. Muchas veces, viajando, he tenido que internarme en algunos de estos pobres caseríos, y al pasar por sus calles se me ha entristecido el corazón con sus miserias; ¡y esta tarde, desde este pico, me han parecido sublimes esas cuantas cabañas! Pues, ¿y el arroyo? Pues, ¿y esos cuantos bancales de huerta? ¿Qué tendrán estas rocas que desde ellas todo lo que se domina con los ojos cautiva? Hasta he renega-

do de ser hombre y me hubiera transformado en un águila.

V

Notas que la noche viene. Te lo está diciendo el Sol; el Sol, que tiene la mitad de su disco oculto tras una montaña de color de ámbar.

Te levantas; ya de pie, observas cómo se marcha el Sol. Sólo unos cuantos rayos muy débiles, como si fueran las pestañas de un ojo, asoma.

Se ha ido.

Tienes que empezar á descender en seguida, porque la noche va á dar suelta á sus tinieblas.

Buscas la senda más cómoda para

bajar. Antes de ponerte en marcha, miras al mar. Sobre sus aguas flota un velo róseo, como una polvareda levantada por el Sol en su camino.

Miras también al arroyo, á la huerta, á todo.

Allá, en el horizonte, muy próximo al mar, se destaca un punto negro, como un agujero.

PIENSAS

¡Puede que sea el águila!

VI

Comienzas á bajar. Delante de ti ruedan las piedras á las que tú, con los pies,

das impulso al andar; ellas hacen rodar á otras; éstas, á otras. Siempre las más grandes á las más pequeñas.

Como vas tan distraído con tus meditaciones, colocas uno de tus pies en terreno poco firme, te resbalas y tienes que hacer un gran esfuerzo para no caerte rodando al hondo. Te detienes algo sobresaltado junto á una mata de romero. El perfume de la mata silvestre te cautiva el olfato.

Por unos instantes todo tu sér queda preso; ¡preso del aliento de una mata del monte!

A los cuantos segundos dejan de percibir tus sentidos hasta el menor resto de ese aroma. Cortas un tallo de la mata montesa, te lo aproximas á las narices, absorbes varias veces. Nada; como

si fuera inodoro. Lo tiras y sigues descendiendo con cuidado.

Llegas á la falda del monte. A un sitio en donde no hay más abajo. Te encuentras en un barranco con una arenilla azulenca que convida á tumbarse.

Te acuestas cuan largo eres. Estás rendido, entresudado.

Junto á donde tú te encuentras, una adelfa deja salir de entre sus ramas los trinos de un ruiseñor. El pájaro, con su canto, parece reconcentrar todo el dolor del universo, y las flores encarnadas del árbol semejan las gotas de su llanto, cristalizadas en sangre.

El aire del espacio comienza á teñirse de negro.

Tu corazón se agita de una manera insólita en ti.

PIENSAS

Nada fatídico me ha sucedido, y, sin embargo, estoy muy triste. ¿Por qué será? ¡Es que las cumbres de los montes son tronos de melancolía!

Entre tanto tú reflexionas por las sombras, que ya van siendo muy intensas y en dirección á donde tú estás echado, distingues avanzar unas manchas blancúzcas que, como si fuesen peñones de alguna Sierra, se estuvieran variando de sitio.

El sonido de un cencerro te hace comprender que esas visiones son las ovejas de un rebaño. Al rato oyes cantar á su pastor. Lo dejas que llegue casi á tu lado. Te decides á hablarle; le hablas:

TÚ

—¡Buen hombre!

EL PASTOR (algo extrañado).

—A la paz humana. ¿Quién me habla? Y á quien me habla, ¿qué se le ofrece?

TÚ (incorporándote).

—De la paz soy. Estad tranquilo. Quien os habla es un caminante extraviado, y quisiera saber en qué paraje se encuentra.

El pastor se te acerca. Con sus ojos, que resplandecen en la penumbra de la noche como si fueran dos luceros, te contempla desde la cabeza á los pies. Los fulgores de sus pupilas producen en ti la afasia más absoluta.

Sientes una debilidad grande en las piernas y te vuelves á acostar.

EL PASTOR (tomando asiento á tu lado).

—¿Me preguntas qué parajes son éstos? Mira; este barranco se llama «La Sima del Querer». Esa Sierra que todas las albas la pinta el Sol bermeja, «La Sierra del Trabajo». Y sú cima, que son unas rocas que también el Sol tiene el capricho de teñirlas todos los amaneceres del color de los balajes, «La Corona que jamás te pondrás». ¿Es que has subido acaso á ese pico? ¡No subas nunca allá arriba! ¡Oh! ¡Sí, has subido! No hay más que verte. Esta arena no se puede pisar sin haber estado antes en «La Corona». A no ser yo y mi rebaño, que nacimos aquí.

Las ovejas balan; las ovejas restregan sus cabezas contra las piernas del pastor.

EL PASTOR (intentando levantarse).

—Ahí te quedas, con tu cuerpo queriendo taladrar ese suelo impulsado hasta el infinito por la gravedad de tu cansancio. (Vuelve á quedarse sentado). ¿Para qué has subido? Haberte quedado en la aldea que hay asentada en la otra vertiente del monte. En esa aldea no existe tan potente el cansancio, porque no se trabaja. Es la mofa de todas las ciudades del mundo; la llaman «La aldea de la Abúlia». Cuentan que una vez llevaron á uno de sus habitantes á la urbe de más actividad que hay en la Tierra, con el objeto de estimularlo y de

que infiltrara energía á sus vecinos. ¿Sabes lo que hizo y dijo al ver y oir toda la vida de la gran ciudad? Se echó las manos sobre los ojos, tapándoselos, y gritó:

—¡Locos! ¡Locos! ¿Cuál es vuestro empeño? ¿Qué labor perseguís construir? ¿La estatua de la vida? ¡Desgraciados! ¡Si la vida son los cinceles que tenéis en las manos para esculpir la efigie de la muerte! No es vida lo que tenemos que esforzarnos por elaborar, puesto que muerte son todos nuestros resultados. La vida no se debe mirar como una meta sino como una escala. Pero, ¡oh, vosotros queréis hacer que las hogueras sean eternas! Y las hogueras no son hogueras, son cenizas. ¡Trabajad! ¡No descanséis ni de noche ni de día! ¡Acaparad

dinero! ¡Atesorad ciencia! ¡Multiplicad la especie! ¡Dilatad las ciudades hasta hacer de todas una y que los edificios sean tan altos que sus cúpulas estén cubiertas de nieves perpetuas! ¡Saludaos en el espacio con las águilas! ¡Taladrad la Tierra del uno al otro confín! ¡Perdonadme que me ría, hermanos! Porque, aunque vosotros me despreciéis, hermano vuestro soy.

VII

¡Os lo adivino! ¡Os lo adivino! En vuestros cerebros están escritas en estos momentos las siguientes palabras: *Este infeliz se ha puesto loco por efecto*

de la sensación que le ha producido la magnificencia de nuestra obra. ¿De qué obra? ¡Los locos y los inconscientes sois vosotros! ¡Vosotros, que con el afán de construir un templo no hacéis más que levantar un monte de escombros! ¡Cada madre que pare un hijo ha encendido sobre sus entrañas una hoguera en holocausto á la muerte! ¡Llevadme, llevadme á mi aldea! ¡Llevadme pronto! ¡Aquí veo la imagen de la muerte gigantesca! ¿No la véis vosotros? ¡Miradla! ¡Estáis ciegos! ¡Cómo se nutre con vuestra sangre! ¡Locos! ¡Locos! ¿Para qué os arrancáis vuestros corazones, lanzándolos contra ella como impotentes proyectiles para destruirla? ¡No véis que en vez de herirla la alimentáis! ¡Locos! ¡Locos!

VIII

—¡Llevadme! ¡Llevadme á mi aldea! ¡Aborrezco el trabajo! ¡No! ¡No! ¡No llamadme gandul! ¡No llamadme cobarde! Abrazadme y gritad: *¡Buen hermano!* ¡El trabajo es la antítesis del amor! ¡El trabajo es la lucha y la lucha es el odio! En vuestros labios no se puede pronunciar la palabra amor. ¡Qué nube del cielo podrá arrojar de su seno un copo de nieve y un rayo abrazados!

¡Llevadme á mi aldea! ¡Llevadme pronto! ¡A mi aldea la muerta! ¡Con mis hermanos los muertos! ¡Sí! ¡Con ellos, con ellos! Con aquellos obreros, más positivos que vosotros. Vosotros queréis

serenar la fatiga de vuestros pechos, corriendo. ¡Corred, que la espuma de sangre os va adornando los labios! ¡Y mientras tanto yo y mis hermanos, los de la aldea, sentados á la orilla del camino, os veremos pasar.

¡Corred! ¡Corred! ¡A ver quién llega antes! Pero, ¡oh!, yo quisiera saber dónde váis. Decídmelo. ¡Os encogéis de hombros y dilatáis vuestros ojos! Los caminantes que desconocen dónde está la ciudad adonde van y saben el camino, sublime privilegio tienen.

¡Llevadme á mi aldea! ¡A mi aldea la muerta! ¡Con mis hermanos los muertos! ¡Con aquéllos, que tienen los rostros inmaculados, porque como no corren, no perciben en ellos el polvo que levantan los pies de los que van delante, ni tam-

poco envuelven, con el alzado por ellos, á los que van detrás! ¡Con aquéllos que duermen las siestas eternas tumbados á la orilla del arroyo!

¡Oh! ¡Allí, en mi aldea, no se notan tullidos! ¡Lo son todos! ¡No lo es ninguno! ¡Allí no hay débiles! ¡Allí no hay fuertes!

¡Llevadme! ¡Llevadme! ¡No quiero ser parte de la corriente de vuestra comunidad! ¡Vosotros avanzáis desbordándoos! ¡En vuestra superficie se levantan olas como mundos y simas como sus orígenes! ¿Sabéis por qué? ¡Porque el abuzamiento del lecho del río de la vida va hacia el Occidente y vosotros queréis desembocar en un mar en Oriente! ¡En el Oriente no hay ningún mar, sino una fontana!

IX

—¡Llevadme! ¡Cuán distinta es la vida que aquí se agita de la que yo he vivido, á la sombra de los árboles de mi aldea! ¡Sombra más dulce y más amorosa que la que producen los artesonados de los más suntuosos de vuestros palacios! ¡Aquéllos son dignos de mí! ¡Son de tan rancia estirpe como la mía! ¡Llevan el blasón del misterio! ¡Estos son hechos por vosotros! ¡Me dan asco! ¿No notáis que huelen á hombre? ¡Apestan á vanidad y á sudor podrido! ¿Cómo es posible que descanséis sobre vuestro mismo cansancio? ¡Qué exóticos sois, que os enorgullecéis y os envidiáis con ello!

¡Cuán distinta es la vida que aquí se agita de la que yo he vivido, contemplando en un atardecer un cuadro real, pintado por la Naturaleza con la paleta del Sol sobre el lienzo del cielo! ¡Aquel cuadro tenía más vida y más verdad que todas las groserías que cuelgan de las paredes de vuestros Museos!

¿De qué masilla viscosa de vuestras paletas resplandecerá la luz como de la luz misma?

¡Oh! ¡No puedo mirar vuestros lienzos sin volver la cabeza pasmado!

¡No os subleváis contra mí, pintores! ¡Qué culpa tengo yo de que mis ojos, en vez de admirar en ellos belleza, vean fantasmas!

¡A mis ojos les es imposible confundir la verdad con la mentira! ¡Como tampo-

co pueden mis labios arder febriles de amor con mis brazos abrazados á una estatua de mármol! ¡Al contrario, la estrello indignado, por haberme querido engañar, y maldigo al que la ha construído!

¡Yo amo tanto la verdad, que tengo que repudiar vuestros cuadros! ¡No sólo los rechazo, sino que me asustan! ¡Soy, en presencia de ellos, semejante al niño que le acercaran junto á la cuna un monigote de trapos en lugar de su madre! ¡Oh qué crimen tan grande es ese; y, sin embargo, para ello no tenéis cárceles! ¿Qué soy yo, sino uno de esos pedazos de naturaleza acendrada? Y vosotros, ¿qué sois? ¡Unos ególatras!

¡Cuán distinta es la vida que aquí se agita de la que yo he vivido, oyendo los

trinos de las aves canoras! ¡No, no! ¡Me es imposible daros mi corazón, músicos humanos! Es ya de aquellos pájaros, de aquellos trovadores del amor, de aquellos que cantan porque aman, de aquellos que son corazones con alas y con patas. ¡Cuántas veces he deseado yo haberme transformado en uno de ellos, pero con mi misma alma, para haber sido amado!



—¿Para qué me habéis traído aquí? ¡Para que me asombre de vuestro trabajo y de vuestro arte! Asombrado me voy. Cuando llegue á mi aldea...

¿También me enseñáis vuestros libros? ¿Y qué decís en ellos? ¡Leédmelos, porque yo no entiendo esos signos!

¡Callad! ¡Callad!

¡Hasta dónde ha llegado vuestro frenesí de creadores! ¡Habéis convertido las frentes en senos, y en vuestra locura creeis tenerlas preñadas! ¡Oh qué insensatos! ¡Notáis el parpadear de los ojos del alma y creeis que son fetos que, liados en los amnios, se agitan.

¡Vosotros ya no sois hombres: sois dioses! ¡No; sois aún más: *superdioses.*

¡No taladradme el cuerpo con vuestras miradas irónicas!

¡Sí, *superdioses!* ¡No es otra la fiebre que os calcina! ¡Queréis perfeccionar la imperfección del Creador!

XI

—¡Ay, hermanos! Deteneos un instante en vuestra labor. Lavaos las manos en la fuente de la serenidad. Frotaos después con ellas los ojos. Respirad con toda la fuerza que os permitan vuestros pulmones debilitados y espeled vuestra fiebre. ¡Contemplad vuestra obra! ¡Para que los brazos hagan, hay que cruzarlos sobre el pecho algunas veces y dejar á los ojos, mientras tanto, que contemplen perplejos la labor! ¡El trabajo de siglos de los brazos hay que alumbrarlo con algunos relámpagos de los ojos!

¡Hermanos: Un instante de sosiego

hace lo que le ha sido imposible á una eternidad de fatiga!

¡Artífices de la «Tierra»! ¿Con qué material trabajáis? ¡Con el de la «Tierra»! ¿A dónde echáis las escorias? ¡Sobre la misma «Tierra»! ¡No tenéis donde elegir material, no tenéis á donde tirar los escombros! ¡Todo es de la «Tierra», todo va á la «Tierra»!

He ahí que os sobra tinte encarnado y tierra. ¿A dónde tiráis eso?

He ahí que os falta más luz y más fuego. ¿De dónde lo traéis?

¡O mi madre me parió sin ojos ó no tenéis ni lo uno ni lo otro!

Si es que yo estoy privado de la vista, ponedme vosotros unos ojos. ¡Quien tiene poder para arreglar un mundo, qué no hará con un hombre! Quiero ver

cómo los huevos enseñan á remontarse más alto á las aves. Quiero ver cómo la crisálida humana le enseña á hacer al Creador.

Si hasta el Sol y la Luna pudiéramos llegar los hombres, ¿sabéis cuáles serían las primeras manos que se destrozarían, arrancando materia de esas dos canteras, la una de calor fecundo y la otra de luz amorosa? Las mías y las de mis hermanos de la aldea.

Pero antes de empezar nuestra obra esperaríamos la llegada de una noche muy negra. ¿Sabéis para qué? Para coger con nuestras manos toda esta «Tierra» y arrojarla en el abismo de la «Noche», á que se perdiera para siempre.

Pero no, nos es imposible; la impo-

tencia es el dón de los hombres. ¡Cómo poder llegar hasta los astros, si cuando intentas volar apenas si te levantas media vara del suelo! ¡Cómo deshacerse de toda esta miseria terrestre, si todos los puñados de su masa, cuando los lanzas al espacio no desaparecen!

Todo es de la «Tierra», todo va á la «Tierra».

No trabajéis, hermanos, que la «Tierra» es lo que fué y será lo que es.

XII

El Pastor hace una pausa. Un recental bala á su lado. Y prosigue:

EL PASTOR

Los habitantes de la gran ciudad le gritaron con desprecio: —¡Eres un ignorante enfermo; te despreciamos!

—Lo sé—contestó el abúlico—. Tengo la enfermedad de saber lo que soy y vosotros el delirio de *superdioses*. Seguid vosotros bailando por el mundo, disfrazados de *superdioses*, semejantes á esos monos que, vestidos de hombres, llevan los vagabundos por mi aldea, que yo voy á tumbarme á la orilla del arroyo y á decirle á Dios:

—Tú eres la fuerza ciega que crea. Eres la nube que en el espacio negro formas la tormenta. Yo, la luz; la conciencia; uno de los relámpagos que brotan del seno de la nube. ¡Sé que mis fulgores,

imperfectos y mortales tan sólo sirven, para poner de relieve tu impotencia de libertad creadora, como los rayos enseñan las negruras de las nubes; que yo no soy como esos otros que los haces fugaces y maltrechos y creen ser semillas de donde nazcan soles! Y allí, tumbado, trabajar para morir.

XIII

El pastor corta su narración. El trino de un ruiseñor sale potente de una adelfa. Otro le contesta.

Todas las ovejas se han acostado y parecen dormir. Tú sigues privado de la palabra contemplando las estrellas del cielo.

EL PASTOR (acostándose).

—Esta noche haremos majada aquí, contigo.

El silencio es profundo. Los ruiseñores cantan como si quisieran evaporarse en sus trinos.

EL PASTOR

—¿Sientes? Ya ha comenzado á cantar «La pareja postrera».

EL MACHO

Navegante del mar de la vida,
¿te fatigas de tanto remar?
No remes;
¡que sin remar, tú marcharás!

HEMBRA

Navegante del mar de la vida,
¿sabes tú dónde vas?
No lo sepas;
¡sin saberlo, tú llegarás!

MACHO

Marcharás sin tener que remar.

HEMBRA

Llegarás sin saber dónde vas.

MACHO y HEMBRA

¡Sólo una playa hay donde arribar!
¡Las olas todas van adelante!
¡Jamás irán hacia atrás!

MACHO

Pobre marinero
del barco velero,
¿qué viento lo mueve?

HEMBRA

Viento de dolor.

MACHO

¿Divisa la playa?

HEMBRA

No; la luz del rencor.

Las estrellas comienzan á palidecer y el cielo á tornarse más claro. Una Luna llena presenta la mitad de su disco tras los montes.

MACHO

Mira la madre de la noche, navegante;
mírala como va.
Va risueña, melancólica, radiante;
ya la ves asomar.

HEMBRA

Ya ha columbrado las crestas del monte;
de la tierra se va;
se va sola surcando el azul horizonte
como aguas de un mar.

MACHO y HEMBRA

Qué aguas tan dulces, tan serenas.
Son las aguas del mar de la Luna;
no tienen olas, no tienen penas;
son aguas muertas de una laguna.

MACHO (dirigiéndose á la Luna).

Eres barco de nácar,
del mar calmoso del cielo azul;
y la playa que te encierra,
son las Sierras
de la «Tierra»,
que aprisiona al ruiseñor.

HEMBRA (dirigiéndose á la Luna).

Eres rosa de nácar
del jardín foso del cielo azul,
y tus petalos de hielo
son los celos
y el desvelo
por quien llora el ruiseñor. (Una pausa).

HEMBRA (con acento muy trisie).

Ruiseñor querido,
ruiseñor amado,
¿dónde está mi nido?

MACHO

No pongas los huevos,
madre del trinar;
no debes criar.

HEMBRA

No son huevos, son lágrimas de dolor
ruiseñor,
lo que quiere verter tu compañera
plañidera.
No es el nido del criar
y del vivir,
es la fosa del llorar
y del morir.
Trovador:
lo que espera tu coplera
no es cloquera,
no es ardor;
es helor,
es el fulgor
del arbor
de un amor,
que al columbrarlo me muera.

MACHO

Llora, que mientras tú lloras yo cavo.
Llora, que con lágrimas decoras el socavo.

JOAQUÍN ARDERIUS

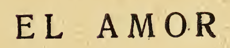
HEMBRA

Nací ayer y quiero morir hoy.
De la vida soy,
mas de la muerte quisiera ser.

MACHO

Contra tu corazón me oprimes, vida,
alma dolorida,
materia inerte quisiera ser.

Un nublo cubre á la Luna, dejándole visible un trozo semejante al que muestra en su cuarto creciente; diríase que era el signo de un calderón escrito por la mano de Dios en la marcha del Universo.



EL AMOR

I

Anochece.

Es en la plaza más importante de una capital de Estado.

Comienzan á lucir los focos.

Los tranvías circulan en todas direcciones, vomitando y tragando criaturas, lanzando al espacio el sonido de sus fuertes timbres.

Los automóviles corren berreando, locos, como gigantescas hormigas que hubiesen perdido la senda de sus hormigueros. Con ellos se mezclan los coches,

cuyos caballos van aporreando el asfalto: los unos, espantadizos; los otros, humildes, cansinos, como queriendo ser enterrados en toda la baraúnda de luz, movimiento y ruido.

Miles de seres humanos caminan por toda la plaza con movimientos de autómatas.

MUCHAS VOCES CONFUNDIDAS

—¡Para notas! ¡Eh! ¡Eh! ¡Para vales! ¡Aquí, aquí! ¡Con el loritín, con el loritán! ¡Soy un pobre ciego! ¡Lo que compran á veinticinco yo lo doy á diez! *¡El Rayo, La Fe,* periódico católico! ¡Paff! ¡Paff! *¡La Cultura,* periódico escrito por los mejores escritores!

....

....

II

Yo me encuentro junto á un escaparate de lujoso calzado, vacilante, sin saber qué camino tomar.

PIENSO (mirando un reloj que campea en la plaza).

—Es muy temprano para irme á comer. ¿Dónde iría yo?

UNA VOZ (de mujer, junto á mí).

—¡*La Cultura*, periódico escrito por los mejores escritores!

PIENSO

—Voy á comprarlo, y así mataré el tiempo entre tanto.

Le hago una seña á la vendedora.

LA VENDEDORA (alargándome el periódico).

—Tome.

YO

—¿Cuánto?

ELLA

—Quince céntimos (corriendo hacia otro punto). ¡*La Cultura*, periódico escrito por los mejores escritores!

Me quedo contemplando el periódico escrito por los mejores escritores. Va ilustrado. La portada es una caricatura de colores chillones. Leo los epígrafes

de los artículos. Después las firmas. Todas son de gran renombre.

PIENSO

—Debe ser interesante.

De repente noto que me lo arrebatan de entre las manos.

Lo recojo del suelo.

PIENSO

—Algún transeunte que le habrá dado con el brazo.

Sigo ojeando.

Me lo quitan otra vez. Miro al suelo y está en el mismo sitio que antes. Intento agarrarlo. Me es imposible. Un soplo, como una ola de viento, lo aparta de mis dedos en el instante en que voy á cogerlo.

Siento descansar el peso de una mano en mi espalda. Me incorporo. Un hombre, á quien yo no conozco, me sonríe con afabilidad de camarada.

EL DESCONOCIDO (sonriéndose).

—¿Tú sabes quién soy yo?

YO (encogiéndome de hombros).

—No tengo el gusto...

EL

—Quien te ha quitado ese papel he sido yo, y yo también quien ha soplado para apartarlo de tus manos (recoge el periódico, que está todavía en el suelo). Toma (dándome el periódico), guárdalo en el bolsillo.

Le obedezco como la arena al viento.

EL

—Vente conmigo á un lugar apartado. Adonde no haya tanto hombre. Y mejor adonde no haya ninguno. No puedo ver tanta criatura junta, con eso que llevan en la frente.

Todos los transeuntes muestran las siguientes palabras, escritas con un tinte que parece sangre: «Odio á todos mis hermanos. La aspiración suprema de mi vida es bañar mi cuerpo con la luz de envidia que hacia mí despidan los ojos de los demás».

III

EL DESCONOCIDO

—Comienza á caminar y allí te espero.

YO

—¿Dónde?

EL

—¡Dónde ha de ser! Donde no exista la vida; la crueldad, es mi rival. Yo soy el amor. ¿No ves cómo me están insultando todos esos gusanos? Echa andar, que yo dejaré una estela de mi sangre para que te sirva de guía.

Desaparece por entre la multitud.

IV

Con gran dificultad salgo de la gran plaza.

Llego al campo. Respiro á mis anchas.

PIENSO

—Donde menos vidas hay, más vida se aspira.

La población se ha quedado á mi espalda. Vuelvo la cabeza hacia ella. El aspecto que presenta toda envuelta en luz, es el de un monte de basura, del que brota un gas fosforescente.

Sigo andando campo adelante. Parece que llevo un hilo amarrado al corazón

y que me tiran de él. Esto me sirve de guía.

La noche es obscura. En el cielo están borradas las estrellas. Allá, muy lejos, aulla un perro con acento agorero.

Me detengo. Esparzo la mirada en todas direcciones. La población se ha quedado enterrada en las tinieblas. Para mí no existe la luz. Los aullidos del perro se han extinguido.

Todo es silencio y negrura.

UNA VOZ

—No sigas andando. Aquí, en este sitio, ya puedo conversar contigo.

PIENSO

—¿Será un sueño esto que á mí me pasa? Jamás experimenté un bienestar

semejante al que siento en estos momentos. ¡De todo carezco y nada ansío! ¡Qué lugar más sublime!

V

LA VOZ

—Oye bien lo que voy á decirte: Has de saber que de entre todos los gusanos humanos, los que más me ultrajan son los que pertenecen á la especie de los *intelectuales*. Esos que creen y dicen que la manera que ellos tienen de nutrir sus cuerpos y sus espíritus es la más digna, la más elevada, la más meritoria.

En otros tiempos, la aristocracia de la

sangre era una garra cruel que arañaba los corazones. Pero, ¡oh!, la aristocracia del talento es la plaga más repugnante que padece hoy la tierra.

Los escudos que campean en las portadas de algunas casas, indicando que los que dentro de ellas moran son lo más exquisito de las distintas razas de hombres, son llagas que llevo en el corazón. Pero, ¡oh, los hombres que pretenden que sus plumas sean picos demoledores de esos sellos de deshonra humana, cuando sólo se ejercitan en construir blasones cuyo emblema dice: «Soy el más talentoso»!

¡Siempre la aspiración humana ha de ser una pirámide que tenga su vértice mortificándome á mí y su base descansando en la crueldad! ¿Cuándo será un

lago manso, sin orillas, que se bese por todos sus lados con mi cielo?

¡Nunca! ¡Nunca! Yo soy un embuste en la vida; soy algo peor, soy la mano que ciega mientras la otra clava el puñal.

El Destino te ha dado la pluma para que te alimentes en la vida, como al pájaro el pico. No seas cuervo ni buitre, no seas tampoco águila ni condor. No comas carne, come semillas.

Que tu pluma no sea como las de los otros (como por ejemplo los que escriben «La Cultura»), pico de ave carnívora que se recree en horadar la materia de que tú también estás formado, porque con ello te insultas á tí mismo. Deja la carne que nutra las semillas, que las semillas nutrirán la carne.

La Humanidad es miseria, y se obsti-

na en comer miseria. El estiércol no aprovecha más que para una cosa útil: para nutrir semillas.

VI

—¿Para qué te he llamado yo aquí?

—¡Ah!, sí. Los llamo á todos, á todos los hombres, que preparan el brazo para esparcir sobre el estiércol humano la simiente del amor universal. Y les doy un grano de mi fruto. Jamás ha germinado ninguno. Se han podrido en las manos de ellos antes de arrojarlos.

Con casi todos los que escriben *La Cultura* he hablado como contigo ahora.

¡Y fíjate que hedor exhala ese periódico! Sus páginas, que debieran ser viveros de fraternidad y de amor, son una letrina. La envidia y el orgullo son su perfume.

¡Cómo pesa, sobre los corazones de quienes la escriben, el dinero y la fama que recogen otros por su trabajo! ¡Quisieran ganar todos los tesoros del mundo porque creen que su arte es más elevado!

—¿Quién lo ha dicho? ¿Quién les ha podido decir que lo que brota de los hombres tenga una escala de superioridad y que pertenezca lo de ellos á lo más alto?

—¡Nadie, nadie!

Toda la sangre que mana el corazón humano no es más que de una clase: ¡de hombre!

—¿Tú sabes lo que es un hombre? No te lo digo para no quitarte la ilusión de seguir siéndolo. Y te quiero para que me siembres.

Sólo te diré que es un preso cargado de cadenas. ¡El supone que es libre porque anda suelto! ¿Pero por dónde anda? Por la cárcel más inexpugnable que puede existir.

Las murallas se saltan, de las rejas de hierro se pueden romper los barrotes y de las puertas las cerraduras. Pero, ¡la Tierra es redonda, y por mucho que andes no puedes más que dar vueltas sin lograr jamás salir de ella!

¡Qué cadenas más terribles arrastráis por el mundo! ¿Es que te estás mirando para verlas? No; si no te las ves, no son de materia. ¡Oh! Si fueran de hierro las podrías cortar, por muy gruesos que tuviera sus eslabones.

Un águila es aún más libre que un hombre, porque puede remontarse del suelo...

—¿Dices que también puede el hombre volar con su pensamiento más que el águila con sus alas? Bueno; remóntate tú sobre la altura mayor que pueda alcanzar ella, tantas veces como pelos tengan entre todas sus plumas todas las aves de la Tierra, y desde tú gran elevación contémplala caminar por el espacio. Cuando columbre una presa, verás como se lanza sobre ella para devorar-

la. Es que la cadena del hambre que lleva amarrada á su buche le tira fuertemente. ¡Pues de tu sér cuelgan tantas cadenas *de esas* como veces te has remontado sobre el águila!

Toma este grano (en el cielo brilla un lucero con una potencia inaudita), ¿te parece poca simiente un grano? No te lo creas. ¡Qué más podrían desear los hombres que cayera sobre ellas tan puro como luce en el cielo! Con este solo grano, si germina cuando el sol del estío comience á sazonar la espiga, se podrá alfombrar toda la Tierra de fruto. Y en la segunda cosecha no cabrá el grano bajo la bóveda celeste.

Acaba de borrarse en el cielo el lucero.

LA VOZ

—En tu corazón y en tus manos llevas la simiente. Sé buen sembrador.

Cesa de sonar la voz que me habla. Yo la llamo. No responde. Se ha ido.

VII

Acabo de retornar á la gran plaza. Todo está idéntico á como me lo dejé. Miro el reloj que campea en uno de los edificios.

Son las siete y cinco.

Saco *La Cultura* del bolsillo; desdóblola y comienzo á ojearla. Detengo mi atención en un artículo, que censura de

una manera poco humana el arte á que unos hombres se dedican. Un arte distinto al que cultivan los redactores de *La Cultura*, ejecutado por hombres que tienen derecho á emanciparse y á vivir.

Insulto con el pensamiento á los que de tal manera escriben.

LA VOZ (sin dejarme continuar pensando).

—¡Eres como todos! ¡También se te ha podrido á ti la semilla!

YO

—¿Cómo esparcir la simiente sin pisotear el bancal?

LA VOZ

He aquí el único arte y la única belleza á que debe aspirar el escritor, á que

debe aspirar todo hombre: Guíar á sus hermanos por la senda que crea la verdadera, con reclamos de amor, besándoles en los corazones, no mordiéndoles. Imitad á las ovejas que van delante de los rebaños con el cencerro.

Padeceréis eternamente. La misión del hombre es la de sufrir, como la del fuego es la de quemar. Cuando las hogueras hielen, entonces habrá cesado de llorar.



EL VERDADERO REDENTOR

I

Se llamaba Pilar. Sí, Pilar era su nombre.

¡Ya hace más de diez años!

Todo lo que tengo en estos instantes al alcance de mis ojos me hace recordar á aquella mujer. Veo en las ondulaciones de las olas, las formas de su cuerpo; en esa luna, que acaba de lanzar el mar contra el manto azul del firmamento, como si fuera una bola de marfil, juguete de ambas, la color de su tez y su risa enigmática y triste; en esas cuantas estrellas, los fulgores nerviosos que despedían sus pupilas doloridas y tristes;

en el agua, las lágrimas vertidas por ella, hasta conseguir ser fuerte; ¡y en lo insondable del espacio, su alma, su fondo!

Acaba de cuajarse una nubecilla en el cielo, como si fuera una mancha de vaho que profanara la inmacularidad de una superficie infinita de cristal. ¿Será mi pensamiento, que en los presentes instantes está empañando, con el recuerdo de una noche de vida, la eternidad de una muerte?

¿Moriría aquella mujer?

Las olas, que con sus lenguas ribeteadas de espuma llegan á mí, hasta lamerme los pies, que por efecto del inmenso calor he descalzado, me dicen, con acento preñado de verdad, que murió.

Sí, con los labios de mi imaginación deposito un beso de vida sobre su sér

muerto, que me corresponda ella, como lo hacía aquella noche, con uno de su existencia, y me habrá hecho feliz.

II

La brisa me orea el rostro. Saco la lengua, con el mismo ritmo con que me late el corazón, y recojo con ella el aliento salino que perciben mis labios.

Aquí, en este sitio, recostado sobre la arena de la playa, ante el cielo y el mar —cielo y mar á quienes amo sobre todas las cosas—rememoraré aquella historia.

Una noche fué la profundidad de aquel abismo de amor. ¡Qué poco tiempo! No. Es que tampoco podría haber

durado más. Si las gotas de llanto no fueran tan pequeñas, nos ahogarían. Todo lo intenso es reconcentrado. ¡Por eso la vida de los hombres es tan corta!

III

Una lámpara eléctrica de escasas bujías alumbraba la estancia en que nos encontrábamos yo y Pilar.

Ella, sentada á los pies de la cama, fumaba.

Yo, junto á ella, ¿qué hacía? ¡Mirarla!; no me acuerdo de más.

Exhalaba su cuerpo ese perfume tan penetrante que despiden las prostitutas baratas; lo que era ella.

De la planta baja de la casa subían grandes voces, mezcladas con arpegios de guitarra.

De repente, los gritos humanos se apagaron.

El instrumento era lo único que seguía hablando.

Sonaron algunas palmadas.

Sonaron algunos olés.

Un ¡quién toca! se cruzó en el espacio con un ¡quién baila!

Una voz ronca, como un mugido de buey, dijo: «¡A ver quién canta! «La guitarra y las tías no tienen más que un tiempo, porque si no se enfrían.

¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

Aún no se habían extinguido las carcajadas, cuando una voz androgina exclamó, cantando:

Los ojos de los hombres
á mí me encantan;
¡qué mirar más sabroso!,
qué...

Los gritos y las carcajadas sofocaron el resto de la copla. En los labios de Pilar se esbozó una sonrisa.

—¿Quién es ese que canta?—le pregunté.

—Mi marido. No te asustes, que no nos matará á ninguno de los dos—prosiguió, al notar que yo me había violentado algo.

—¿Tu marido?—le interrogué, acompañando mis palabras con un gesto de sorpresa.

—Sí. Mi Enrique. Si no fuera por él me hubiera ya muerto de hambre.

¡Se gana tan poco en la vida! El se

gana algunos duros; se dedica á buscarles mujeres á los señoritos. Tiene una maña para eso... Anoche, sin ir más lejos, le proporcionó una chiquilla á uno y le dió cinco duros. Está el mundo hoy de una manera, que ganan más los corredores que los que venden.

La algazara seguía abajo. Por instantes íbase haciendo más intensa.

Algo muy insólito ocurría en todo mi sér. ¿Sería la falta de costumbre de permanecer en semejantes sitios? No; esto no influía para nada en mí.

¿Serían los senos de ella, que estaban en su totalidad al descubierto, flotando sobre la blanca camisa, que yo en mi primer pasión había desordenado? ¡Cómo tener apetito después de un banquete en el que los manjares quedan sobre

la mesa, inspirando el mismo deseo de saborearlos que los cantos rodados de una rambla! Hacía pocos instantes que el paladar de mi lujuria había quedado embotado hasta la insensibilidad.

Estas reflexiones iban comenzando á germinar en mi cerebro al abrigo de un calor nunca sentido en mi corazón—ni antes ni después de aquella noche—, cuando de súbito, ladeando ella con sus manos, finas y *exangües*, una guedeja, que me caía sobre la frente y, á la vez, dándome un beso en las mejillas, dijo:

—¿Te vas á quedar toda la noche?

—Sí.

—Entonces, si no lo tomas á mal, me voy á dejar caer sobre la almohada y á dormir un poco. Cuando quieras me despiertas.

Me besó en la frente, en las mejillas, en la boca, en los ojos, en el pecho, en las manos, en todo mi cuerpo.

¡Ojalá que no me hubiera besado!

Aquellos contactos de mi carne con sus labios fueron un rosario de luces, que me hicieron ver con la mayor claridad el estado de agitación de mi alma. Me acariciaba con la misma ilusión que un cantero da martillazos sobre un bloque de piedra en el instante de estar más rendido.

IV

Se quedó dormida. Su respiración era pesada. Los labios los tenía entreabier-

tos. De cómo quedaron sus ojos no me quiero acordar. ¡Qué resplandores de fatiga brotaban de ellos!

Hacía un calor sofocante. Estábamos á primeros de agosto.

Por todos los poros de nuestros cuerpos salía copioso sudor.

La contemplé breves instantes. Fuí á darla un beso en la boca, ¡en aquella boca, abrevadero carnal de tantos hombres, y retrocedí sin beber! ¿Qué iba á beber? ¡Estaba tan seca!

La simiente de la negación hizo germinar en mí el deseo. ¡Qué instantes aquellos! No hay cosa que más aliente el sufrir que unos ojos videntes. ¡Bienaventurados los ciegos! ¡Bienaventurados los ciegos, porque para ellos no existe la luz! ¡Oh, la luz! Eres la ráfaga de viento

que destrozas en mil jirones el discreto manto de las tinieblas para mostrar el fantasma terrible de la vida. ¡Tierra! ¡Tierra! ¡Cuanto más tierra mejor, que sofoque el hedor de lo podrido y tape sus gusanos!

Todo mi ser se transformó en ojos. Abrí, con mi mirada, en todo su cuerpo infinidad de brechas. Vi su espíritu. ¡Estaba muerto!

Y he aquí mis amores con un cadáver.

V

Ella dormía y yo la miraba. ¡Qué pulsadas daba mi corazón! Temí despertarla.

La luz que iluminaba la estancia me pareció indiscreta. Yo necesitaba otra claridad más velada, más dulce.

Sin hacer mayor ruido que una mariposa al dirigir su vuelo desde una flor á otra, yo descendí de la cama al suelo.

Apagué la lámpara. Todo quedó á obscuras.

La baraunda de abajo hacía ya un rato que había cesado. Reinaba un silencio absoluto.

VI

Yo, inmóvil en el centro de la estancia, conteniéndome la respiración, apoyado contra algo que me había tropezado al paso, estaba irresoluto.

Sentí miedo. ¿Acaso iba á robar algo y temía ser sorprendido?

No miento. Vi cruzar por delante de mis ojos un ave negra, grande. Tenía la figura de un cuervo. En el buche llevaba escrito, con letras de un color verdoso muy fuerte: «Crueldad». A los pocos instantes pasó otra. Esta última era blanca, del tamaño y figura de una paloma, y en semejante sitio que la otra, la siguiente palabra, en un color overo: «Amor».

Las contemplé cómo caminaban, raudas las dos, la una detrás de la otra. El espacio por donde marchaban me es imposible explicar cómo era. ¡Los hombres no conocemos colores iguales, ni parecidos, á los que componían á aquel cielo crepuscular, listado como un ónice!

¡Qué cosa más extraña observé; por mucho que se alejaban los dos fantasmas no disminuía su tamaño!

De repente, el cuervo comenzó á cernerse. Sentí que alguien lloraba. Miré al sitio en que salían los gemidos. Distinguí á Pilar. Pero más joven. Se retorcía convulsa, tendida á la orilla de un lago.

Lanzó el cuervo un graznido terrible, ensordecedor. Antes de que yo pudiera darme cuenta, ya estaba él sobre Pilar dándole fuertes picotazos. La paloma, entre tanto, arrullaba amorosa sobre la rama florida de una camelia blanca.

Poco tiempo necesitó para despojar á Pilar de toda la carne de su cuerpo, dejándole la osamenta más limpia que si hubiera estado pudriendo tierra un siglo.

Un relámpago lo inundó todo con su

luz. Cerré los ojos, heridos por aquella claridad tan gigantesca. Cuando los abrí de nuevo todo había cambiado. ¡Miento! El cielo permanecía idéntico; el lago sí, el lago se había secado y convertido en una fosa, circundada de camelias de flores blancas. El esqueleto de Pilar yacía en su centro. Sobre él arrullaba la paloma.

En otro extremo se elevaba un montículo de carne.

Comencé á andar. Llegué hasta la fosa. La paloma me miró, levantando un ala, como cuando se trata de quitar los huevos del nido.

¡Aquella paloma hablaba! Me dijo:

—¿A qué vienes?

No le contesté; me imponía el paroxismo del respeto.

VII

—Vete—prosiguió diciendo—. Aquí no está lo que buscas. De esta criatura sólo queda para los hombres su carne. En el mercado de la vida, sólo con su cuerpo trafica. Su alma, su esencia, es ya mía. Si quieres saborear su materia, allí la tienes—señalando con su pico al montículo de carne—. Ve y come de ella.

—No me gusta la carne. Yo anhelo espíritu—pensé.

Como era vidente, me comprendió.

—¡Ah! Espíritu de mujer. ¿Quién te ha guiado á este valle? Te han engañado. Eso que tú buscas lo hallarás allí, al columbrar las cimas de aquellos montes; en el valle de la moralidad cristiana.

Allí sí. Allí encontrarás una feria, en la que podrás adquirir cuerpos y almas de criaturas. Allí todo se vende. Allí esclavizan hasta el pensamiento. Pero sepas que tan esclavo queda el preso á los grillos como los grillos al preso.

VIII

¿Qué es el tiempo en el mundo de lo imaginario?... Pues lo mismo era en el mundo, en el que yo vivía, lo que estoy refiriendo.

Andando, andando, llegué á las cumbres de los montes. Me paré en el punto más culminante. Quise bajar al valle, pero me fué imposible.

La boca de un hombre, de un hombre

que se haya mirado su imágen en el espejo de la reflexión—sólo en este espejo es donde un ser humano puede saber cómo es—se profana con la narración de lo que estos ojos míos vieron agitarse en aquel valle.

¡No eran hombres! ¿Qué serían aquellos seres? Un hombre es un arbusto torcido, es una cosa imperfecta. Pero lo que yo ví era la imperfección de lo imperfecto: ¡Era la secreción de los gusanos que se incuban en las letrinas!

Retrocedí angustiado; los ojos me picaban, las narices también y el pecho me dolía. Me dieron ganas de llorar. Me senté sobre una roca y lloré. Entretanto oía al pájaro de las letras verdes, que graznaba, paseando su vuelo, custodiando aquellos parajes.

IX

Volví al lado de la paloma blanca. Le dije:

—Yo quiero el amor no vendido, no esclavizado; lo quiero libre. Lo que acabo de ver me da asco, me da pena, me da miedo. Yo quiero ser flor en un bosque, en donde el polen de mi semilla lo impulse el viento de mi alma.

Yo quiero que la flor sobre que vaya á posarse mi simiente, abra sus ovarios al calor de mi fuego. Y que mi fuego lo engendre el aroma del deseo que sienta ella hacia mí. ¡Yo, quemarla! ¡Pero que ella me encienda!

Que nuestra hoguera de fecundidad

sea el combustible de dos corazones que se hayan chocado en los azares de la rueda de la Naturaleza.

¡Pero que jamás se quede un corazón prendido al otro por ninguna ley ni por ninguna causa! ¡Porque en las almas de los hombres reinan tantos vientos como estrellas lucen en el cielo! ¿Cómo amarrar un huracán al tronco de un árbol? ¡Cuántas veces arrasa el viento bosques enteros por interceptarle su camino!

Yo quiero, en una palabra, que mi cuerpo sea una brizna, juguete de mi espíritu.



¡Ah! Se me olvidaba; se me olvidaba deciros lo que quiero que sea mi simien-

te transformada en fruto. Yo mismo, formado de mi misma substancia y al soplo de mis propios labios. Yo, convertido en dios de mí mismo.

¡Ay de mí! ¿Qué es el deseo de una sola criatura contra la fuerza ingente de todas las demás que viven en la Tierra? ¿Qué estrella del cielo osará cegar con su luz al Sol? ¡Ninguna!

Pero, ¡oh!; en cambio existe el diamante. ¡Sublime piedra!; ¡podrán hacerla morir, pero jamás se la ve herida!

Sea mi corazón una estrella como el diamante, que aunque no apague con su claridad el foco universal, no deje ser arañado por ninguno de sus rayos letales y crueles.

Haré con mis anhelos un fanal adiamantado y en su seno viviré soñando,

y en mi ensueño viviré con mis anhelos.

¡Ah! Os hablaba del hijo, de mi amor cristalizado, de mi propio yo, avanzando...¿Hacia dónde? ¡Sí!, ¡sí! ¡Hacia el parque de la felicidad! ¡Hacia el Paraíso!

Pero un Paraíso sin dueño, sin Dios.

Un Paraíso que tenga por creador el trabajo y el sufrir de los hombres.

Un Paraíso con una gran avenida, custodiada por los cuerpos de los hombres actuales, y sobre cada uno de ellos cimera de desvelos.

Un Paraíso con dos fuentes sublimes: de la una, brotará todo el sudor de los padres; de la otra, toda la leche de las madres.

Y los hijos... ¡Los hijos, exentos de dolor, exentos de trabajo, descansarán

recostados á la sombra de los liños de la avenida! ¡Cuando tengan sed, irán, abrazados, á beber á las fuentes!

¡Oh! ¡Los veo! ¡Veo á los hombres del mañana, raquíticos de cuerpo, casi sin materia! ¡Pero con qué almas! ¡No cabrán en la bolsa del espacio! ¡Despreciarán al Sol! ¡Sus ojos y sus corazones tendrán más calor, tendrán más luz que él!

¡Oh! ¡Los veo! ¡Veo á los hombres del mañana! ¡Me veo á mí metamorfoseado! ¡No tendré frente! ¿Para qué? ¡No necesitaré pensar, lo sabré todo! ¡Tampoco colgarán de mis hombros los brazos! ¡Estos péndulos de fatiga! ¡No habrá trabajo, no habrá dolor! ¡Caminaré sin piernas! ¡Volaré con mis alas! Pero, ¡oh, qué alas! ¡Serán como las cabelleras de los cometas! ¿Para qué dos ojos? ¡Uno!...

XI

—¡Adónde vas soñador!—exclamó la paloma—¿Sabes tú donde vas? ¡Vas á la muerte! ¿Eres ciego? ¡Oh, qué cosa tan absurda sois los hombres!

No sueñes tú con ese rincón que llamas el Paraíso. No podréis jamás los humanos transformaros en esos seres que tú terminas de decir. Para conseguirlo se necesitaría que caminarais hacia adelante; ¡siempre hacia adelante!

¡Pero si no andáis! ¡Si la cría permanece echada sobre la cama de estiércol en que ha nacido, revolcándose, reci-

biendo el vaho de los padres! ¿No los has visto? ¿No has visto á los hijos arrodillados delante de los padres, besándoles las manos?

¿No has visto á los hijos mover los ojos, mover los labios, agitar sus cerebros, impulsar sus corazones, como un eco de los padres?

¿No has visto á los hijos querer leer en el porvenir y dirigir sus miradas al pasado?

¿No has visto los cuerpos de los hijos que son estatuas gemelas á las de los padres?

¡Pues lo mismo que son iguales sus cuerpos lo son sus almas! ¿Qué es la materia de los seres, sino la forma de sus espíritus?

Para que un ser sea hijo de otro no

tiene que ser igual al que lo engendra, ha de ser superior. ¡Si es igual, no es hijo: es hermano!

¡Sí! ¡Sí! ¡Todos sois hermanos! ¡No ha alumbrado todavía el Sol los ojos de ningún verdadero hijo de los hombres!

Cuando aparezca sobre la Tierra un sér que su cuerpo haya sufrido alguna metamorfosis de superioridad al del hombre actual; cuando aparezca sobre la tierra un sér que piense y obre vuelto de espaldas al corazón y al cerebro del hombre de hoy, ¡un sér que no unte sus labios, que no beba del agua de la fuente de la sabiduría, que inunda hoy la tierra; un ser con un manantial de ingénita sapiencia!, ese será el primer hijo.

¡Y entonces habrá dado la Humanidad un paso hacia esos seres y ese parque con los que tú sueñas!

Cuando llegue á la adolescencia ese hijo, á los fulgores de sus ojos, quedarán ciegos todos los hombres, y á las sacudidas de su corazón, muertos. ¡Le dará asco vivir con sus padres! ¡Le repugnará cohabitar con sus madres!

Sólo en el mundo, hollando sus plantas los cadáveres de quienes lo hicieron, esperará que el Sol los purifique. Una noche de Luna, de entre todos los esqueletos, elegirá aquél que haya quedado encarnado de un color muy subido, por efecto de la vergüenza de haber sido lo que fué. Lo expondrá al calor de la Luna, y una vez calcinado sobre las cenizas, dejará derramar toda la sangre de su

cuerpo. Las heridas no se las abrirán manos ajenas, como á aquel Cristo, sino que se las abrirá con las suyas propias. Lo que nazca de la fermentación de la sangre y de la ceniza será la génesis de otra nueva Humanidad. Se llamarán nietos de los hombres. Hijos del hijo de los hombres. ¡Del verdadero Redentor; del que por su voluntad derramó la sangre por las criaturas!

¡La Humanidad está sufriendo un parto eterno. Pero no pare, no hace más que multiplicar su cuerpo á bocados!

¡Oh! ¿He dicho que está sufriendo un parto? ¡No!, ¡no! ¡Si es una histérica que se revuelca de deseo! ¡Llama al macho! ¡Y al macho se le olvidó construirlo al que á ella la hiciera! ¡Qué olvido tan cruel!

XII

Quise hablarle, pero me fué imposible. Todo había desaparecido, no sé si de delante de mis ojos ó de mi imaginación.

Volví á quedar sumergido en la negrura que llenaba la estancia.

Por las maderas del balcón pude distinguir un hilillo de luz casi imperceptible. Creí que era ilusión de mis ojos y me restregué los párpados fuertemente. No se desvaneció.

Me aproximé al balcón. Lo abrí con el mismo estrépito que si lo hubiera hecho con el pensamiento. La estancia quedó iluminada por una claridad pálida.

Miré al cielo. En el flotaba un jirón de nube, blanco como la nieve y de la forma de un brazo humano extendido, que parecía tener asida en su mano una luna en lleno.

—¡Cuán embusteros son los ojos de los hombres!—pensé—. ¡Pues no me están diciendo en estos momentos que una ráfaga de vapor juega con un mundo!

Volví la cabeza hacia el lecho en donde dormía Pilar. Todo su cuerpo estaba bañado en claridad de la Luna. La cabellera la tenía partida. Una crencha le caía sobre uno de sus desnudos hombros, hasta cubrirle un seno, como una serpiente negra que, ávida de su sangre, estuviera chupando en él.

Me fuí junto á la cama.

Una vez ante Pilar, no sentí el menor

deseo de poseer ni su cuerpo ni su espíritu. ¡Me inspiró el mismo respeto que los muertos! ¡Mi alma también había muerto!

Seguía ella respirando con fatiga. En aquellas explosiones de cansancio me parecía oir al cuervo graznar. El corazón también dejaba sentir el ritmo de su canto, que era parecido al del arrullo de la paloma.

Me vestí. Vacié mis bolsillos sobre una mesa que había al lado de la cama. Era poco; pero la dí cuanto tenía.

La besé en la frente y sobre el corazón. Fueron los dos besos que yo he dado de reconocimiento.

Pilar: ¡Si hicieras con mi materia lo que hicistes con mi espíritu!

....

UNA NOCHE EN EL MAR

I

La Luna, en el azul sin nubes del cielo, sonríe y riela en el mar. En la ancha cinta de plata que hay sobre las aguas flota una barca de pesca, con los remos abandonados, á unas tres millas de la playa.

Las olas han muerto, no asoman sus crestas; yacen tumbadas en el lecho arenoso del mar, tapadas por un sudario semejante al de los lagos.

La playa, muda é inmóvil, llora en silencio la muerte de las olas.

Parece querer ocultarse ella también bajo el inmenso sudario.

II

Sentado en la barca y con la pipa en la boca, despidiendo humo, está Ginés *el Salado,* frente á su mozo Luis.

Ginés es hombre de unos cuarenta años, robusto, con el rostro afeitado, en el que bullen unos ojos pequeños y penetrantes, de los cuales está brotando odio.

Luis es un mozalbete; veinte años, quizá no tenga todavía. Sus ojos, grandes, no se apartan ni un momento de un trozo de lona que albea á sus pies.

Los dos están en silencio. Un ambiente de lucha se cierne entre ellos.

GINÉS (de repente).

—Lo que tú quieras; aquí estaremos mientras no te coja y te tire al agua. ¡Cuidado que eres choto!

LUIS (encogiéndose de hombros).

—Usted tiene la culpa. Deme lo mío que mejor lo he ganado que usted. ¿Quiere, usted que partamos eso y comienzo á remar, y en dos minutos nos ponemos en las Cuevas? Yo le juro que no se enteran ni las ratas.

GINÉS (colérico).

—¡Tú qué has de tomar! Yo te pago para que me sirvas; para eso te comes mi pan.

LUIS

—Usted me paga para ayudarle á sacar el pescado; pero de lo que hemos sacado esta noche me llevo yo la mitad.

Ginés lo mira con los ojos inyectados. Callan ambos. Sólo se siente sus respiraciones anhelantes.

GINÉS (rascándose una mejilla).

—Vaya, te daré una propina. Comienza á remar para las Cuevas.

LUIS (moviendo la cabeza en un ademán negativo).

—No. ¡Cá, hombre! Me tiene usted que dar la mitad. Mientras tanto ni usted ni yo cogemos los remos. A tierra no saltamos mientras no...

Ginés se lanza de improviso sobre el joven, asiéndole la garganta, impidiéndole seguir hablando.

GINÉS

—¡Mira que te ahogo! ¡Canalla! ¡Después que te tengo como á un hijo! Si no fuera por mí estarías comiendo algas (lo suelta). Anda; si no puedes negar quién eres! *Remendao* tenías que ser para ser bueno.

Luis, á las palabras de su amo, baja la mirada en un gesto humilde, como un colegial de jesuítas al ser regañado por un padre.

Una bandada de gaviotas pasa graznando por encima de ellos, casi rozándoles con las alas.

GINÉS (despidiendo una bocanada de humo).

—¿Qué te has llegado á figurar tú?... Si te echo una mano encima te hago arena. ¡Coge los remos ahora mismo!

LUIS (suplicante).

—No es menester que se ponga usted así, tío Ginés. Yo tomaré lo que quiera usted darme. No haga usted caso de lo que le he dicho, que un mal pensamiento le da á cualquiera.

El joven agarra los remos. Comienza á bogar. La barca se desliza silenciosa por las aguas, semejante á un nublo por el cielo. Los remos se clavan en el agua, goteando, al ser levantados, la sangre perlerina de los mares.

III

Una milla llevarán andada. Siguen caminando.

GINÉS (rompiendo el silencio).

—Que te des un punto en la lengua. Ten cuidado, que te abro como á un atún.

LUIS

—No tiene usted que advertirme nada. A mí, aunque parezca un chiquillo, me gustan las cosas de los hombres.

GINÉS (con despego).

—A verlo vamos.

Luis, de repente, suelta los remos y

se levanta, quedándose extasiado, con la mirada fija en la línea en que se junta el cielo con el mar.

GINÉS (con vehemencia).

—¿Qué miras? ¿Qué miras? ¿Viene alguien?

LUIS (con marcada pena).

—¡Qué lástima! Ya se ha apagado (señala con la mano hacia el horizonte en que se juntan mar y cielo). ¡Ahora, ahora! ¡Qué resplandor más grande! ¡Parece que se están quemando las aguas! ¡Mire usted, mire usted!

A los gritos de Luis, Ginés vuelve el rostro para contemplar la insólita luminaria.

LUIS
(gritando con la escasa fuerza de sus pulmones de joven enfermo).

—¡Mire usted, mire usted! ¡Qué llamaradas! ¡Llegan hasta el cielo!

La última palabra la pronuncia clavándole á Ginés un puñal en la espalda. Ginés cae desplomado en el suelo de la barca.

GINÉS (retorciéndose agonizante).

—¡Ay! ¡Ay! ¡Me has muerto! (hace esfuerzos sobrehumanos por avanzar gateando donde se encuentra Luis. Le es imposible. Grita loco de impotencia. La barca oscila. Parece que va á sumergirse). ¡Ladrón! ¡Acércate! ¡Cobarde, cobarde! (intenta arrojar un esputo á Luis, pero apenas si puede lograr que salga un soplo muy tenue de viento). ¡De veneno te sirva lo que!...

Da algunos gritos más, ininteligibles, y expira.

Un enorme charco de sangre brilla alrededor del cadáver; la Luna reverbera su luz en él y la barca queda envuelta en una neblina de sangre y de plata.

IV

Luis, inmóvil, con el puñal en la mano derecha, goteando todavía sangre, contempla su víctima. Está turbado. Toda el agua que tiene el mar no es la suficiente para refrescar su abrasado sér. La idea del suicidio es el sol que vivifica sus anhelos febriles. Mira la hoja del arma homicida. Una fuerza potente le impulsa á mezclar su sangre

con la del cadáver que moja la hoja del puñal. Al ir á clavárselo en el pecho, ve la Luna que ríe en el cielo, y lo tira contra las tablas del suelo, aterrado.

Su mirar tropieza con el envoltorio blanco de lona; un soplo de brisa le acaricia el rostro; aspira el aliento marino y en sus labios se arrastra la sonrisa del triunfo. Moja las manos en el agua; se las pasa por la cara como para borrar las huellas del asesinato.

Mira á tierra. Columbra las cimas de los montes; ¡cree que tienen ojos y que están observando todos sus movimientos y su corazón vuelve á quedar preso en las manos del miedo!

Se sienta pensativo. Distingue al cadáver muy próximo á él; lanza un grito de terror y llora.

LUIS (sollozando).

¡Y ahora me pudriré en un presidio! ¿Qué es lo que yo he hecho? ¡Ay, madre mía! ¡Ay, madre mía!

Los gemidos le ahogan las palabras.

Se muerde las manos, se tira con furia del cabello.

V

Voces de hombres y de mujeres, mezcladas, que van modulando una canción y el ritmo de los remos al ser introducidos en el agua para dar impulso á una barca, llegan hasta los oídos del asesino.

Luis se levanta atónito, asustado, al

ver que avanza hacia su barca un bote preñado de júbilo. Coge los remos, comienza á bogar y desaparece rápido por una neblina que brota en el mar como tras de un velo mágico.

VI

No se ve tierra; el cielo no es más largo que el mar, ni el mar más que el cielo; los dos se dilatan tanto, que por todos lados se tocan y dejan á la Luna encerrada en el centro.

Luis, sentado, con los brazos cruzados sobre el pecho, deja que transcurra la noche, insensible á todo, como si fuera de piedra.

Las olas en este sitio se agitan, parece que quieren tragarse á la barca; llegan hasta ella, les es imposible tumbarla, y la Luna sonríe al ver la avaricia de las olas burladas.

Muere un minuto, nace otro y así camina la noche, arrastrando la cadena de la vida.

¡Cadena de la vida! ¿De qué eres tú? ¡Oh, qué yunque tan mágico en el que á tí te forjan, siempre construyéndote, destruyéndote!

Por fin, sale Luis de su ensimismamiento. Saca un pitillo de la petaca, se lo pone en la boca; lo enciende. Esparce la mirada por todo su alrededor. No ve más que cielo y agua y á la Luna reir allá arriba en el cielo, y su corazón late sereno.

LUIS (piensa).

Nadie me ha visto. ¿Quién puede delatarme? (una pausa: después sigue). ¡Nadie, nadie! Entonces, ¿por qué afligirse? (señalando con la mano al cadáver). ¿Por haber muerto á ese hombre? No, no; no he sido yo quien lo ha muerto, ha sido él mismo; él, que se ha dejado! ¿No quiso él antes quitarme á mí la vida? ¿Por qué no lo hizo? (con una sonrisa irónica). Porque no pudo, ¡porque yo no quise! Yo habré concebido la idea de que las aguas se incendiaban, para distraerlo y poder asesinarle, porque comprendía que luchando cuerpo á cuerpo con él me vencería. ¡Era mucho más fuerte que yo! Pero él, ¿por qué se ha dejado engañar por mí? ¡Lo mismo que yo no me he dejado arrollar

por la fuerza de sus brazos, que no se hubiera él dejado engañar por la argucia de mi imaginación! Cada cual lucha con lo que tiene.

Le da una chupada al cigarro y arroja la punta al charco de sangre. Chirrea el fuego.

VII

Luis se aproxima al envoltorio, se sienta junto á él y arrumba á un lado la lona que lo cubre; un cuerpo de mujer, que presenta todos los caracteres de un ahogado, queda ante su vista como el premio que vaya á remunerar su lucha.

Luis sonríe, con aquella sonrisa que

se dibuja en los labios del hombre que no le cabe la emoción de placer en el pecho y se desborda.

Piedras de extraordinario valor refulgen de las manos y de las orejas de la ahogada.

LUIS (dirigiéndose á la ahogada).

—Tú no naciste en ninguna cueva; eres mujer de palacio. ¡Qué lástima no haber podido también encontrar tus compañeros de muerte!

Un viento fuerte galopa altanero, como el dueño del mar y del cielo.

Los dos cadáveres están casi juntos. Una ola mayor que las otras mueve con violencia la barca. A esta sacudida los dos cuerpos exánimes chocan, y Luis se ve obligado á agarrarse á la banda

para no caer sobre ellos. Pasa la ola y el mar vuelve á quedar en el mismo estado de agitación que estaba.

Luis, de dos fuertes tirones, se apodera de los pendientes de la ahogada. Una vez ya en sus manos, se recrea en contemplar las irisaciones que las facetas de las piedras despiden al ser heridas por los rayos lunares. ¡Oh! ¿Cómo sacar las sortijas de los dedos hinchados? Luis ve, en el primer memento, que aquellos aros de oro, que fueron introducidos en los dedos por la suavidad que da á la piel las cremas y los perfumes y la fuerza magnética de la mano de algún enamorado, ahora iba á ser imposible sacarlos de allí, porque el agua azul de los mares, brava y fuerte, había dilatado aquellos miembros, hasta el extremo

de que la pedrería parecía incrustada en su carne.

LUIS (piensa).

¿Dónde he dejado el puñal? ¿Lo he tirado al agua? (metiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta). No, no aquí no está.

Pasea la mirada por toda la barca en busca del arma homicida, y la ve en un rincón de proa, gris y encarnada, como un charco de sangre y saliva.

LUIS (piensa dirigiéndose al cadáver).

—A ti, aunque te corte los dedos, no lo sientes; estás muerta. (observando con vehemencia el rostro de la ahogada y tocándole con la mano en la cara). ¡Eres guapa! ¡Pero estás tan fría! (retrocediendo). ¡Pues no iba á besarla! ¡No! ¡No! A ti que te bese el tío Ginés, ahora

cuando yo os case y os acueste en la cama del mar.

VIII

El crujir de los huesos de las manos de la ahogada al ser rotos por Luis, vibra en el éter con una cadencia de látigo que azota. Ni un dedo ha dejado: todos, todos con su osamenta, con su carne, con la pedrería y el oro los ha guardado en sus bolsillos.

LUIS (piensa).

—¡Ya son mías! ¿Dónde las venderé?... ¡Seré feliz! (dándose una palmada en la frente). ¡Ah! (queda unos instantes perplejo, con los ojos inmóviles que-

riéndoseles salir de las órbitas y la respiración anhelante. Después sigue): ¿Tendré bastante serenidad para ocultar todo esto?

Luis, sentado como está, apoya los codos sobre los muslos, posa la frente sobre las manos y los dedos los entierra entre sus largos y revueltos cabellos. Así, en esta actitud, permanece un minuto; otro, otro, varios. ¿Qué pensará? Nada. ¡Está enterrando su corazón de asesino con la tierra de la ficción!

LUIS (pasándose las manos por los ojos).

—Ya será muy tarde. Serán... (mirando á la Luna). más de las tres. La playa está de aquí un buen rato. Ya es hora de tirar este lastre.

El joven, sereno, casi amoroso, como la madre que desfaja á su pequeño hijo,

quita la encarnada faja á Ginés y le amarra con ella la cintura.

LUIS

(aprisionando con el otro extremo de la faja á la ahogada).

—Unamos á los dos enamorados (clavándole el puñal á la mujer en el pecho). Toma esta puñalada; no te la doy yo, sino tu marido, por haberte pillado abrazada al *Salado*.

Muchos esfuerzos le cuesta, pero por fin logra dejar caer los dos pedazos de materia inerte en el agua.

Desierto el mar, como una llanura infinita de olas de arena, alumbrada por un sol azul semejante al azul de los mares, desierto el cielo como un espejo en el que se reflejara esta misma llanura, mudo todo, abre la naturaleza sus entra-

ñas á la conciencia de Luis y la evapora en un beso.

IX

La Luna surcó los mares y va á dormir á la Tierra: va á ponerse. Las estrellas palpitan en el espacio, y estas vibraciones de luz producen la visión de que corren. Diríase que acudían todas juntas á ocultarse en el seno de la Luna, asustadas como polluelos al plumaje de la llueca.

Luis, de pie en la barca, rema hacia tierra y canta...



UNA VISIÓN DEL SOL

I

En el cielo, de un color azul muy obscuro, casi negro, brillaban todas las estrellas cuando yo, esta mañana, sentado en la roca de un otero, esperaba la salida del Sol.

Allá, muy lejos, cantaba un gallo. Atento á los gritos del ave, y con los ojos clavados en el levante, estuve un rato.

Pasó una hora; después otra más, y el Sol no nacía.

PENSÉ

¿Pues á qué hora me he levantado yo, que ni aún los primeros albores se columbran?

II

El gallo seguía cantando con insistencia. Yo, impaciente, deseaba ver rayar el alba.

No asomaba ni el resplandor más tenue.

El canto del gallo era el único síntoma que se notaba de los anunciadores del día.

Me había equivocado; yo creí que por el mundo caminaba la madrugada cuando me levanté, y apenas si sería la media noche.

PENSÉ

Sea la hora que sea, yo me espero á que salga el sol.

Mi objeto consistía en observar una cosa, y decidí esperarle.

PENSÉ

¿Qué haré yo entretanto? ¿Leer? No puedo, no tengo ni luz ni libro. ¿Hablar?

Detuve la ola de mis meditaciones. Abrí los párpados todo lo que me fué posible. Miré á mi alrededor: no vi más que tinieblas; sólo para mí esto existía.

III

PENSÉ

Nadie (hice una pausa). ¿Y yo qué sé si hay alguien? Con este ambiente tan negro es imposible saberlo.

Puse mi oído en acecho. ¡La Tierra estaba muda!

PENSÉ

Ni un gusano me acompaña. ¿Y si sobre cada piedra de este otero hubiese un hombre sentado? Como no los veo, ni los oigo, ni ejercen en mi sér ninguna influencia, no existen para mí. Y si ahora mismo me acometiera una sed tremenda y por debajo de mis plantas corriera un arroyo cristalino y yo ignorara su existencia, ¿podría apagar mi sed? ¡Oh, enloquecería abrasado! ¿Y si en la fiebre de ese delirio soñara estar de rodillas á la orilla de un río, con mis labios posados sobre sus aguas, y así gozara al sentir el líquido por mi

abrasada boca? ¡Oh, este arroyo sí existiría!; ¡este sería un arroyo real!

Miré al cielo. Las estrellas palpitaban como doradas mariposas, que aletearan por salirse de las aguas de un estanque negro.

PENSÉ (mirando al firmamento).

Para las estrellas, seguramente, no existo yo; ¡ellas, que dicen son tan grandes, las veo del tamaño de mis ojos!

IV

Aparté la mirada del cielo. Cogí una piedra, la lancé al espacio, con objeto de oir su choque al caer sobre el suelo.

Sonó. Después lancé otra, hasta cinco. Cada una tuvo su voz distinta.

PENSÉ

Estos ruidos no se habrán oído en las estrellas. Qué extraño es esto de la existencia de las cosas: para unos existe lo que para otros no existe.

Volví á coger otra piedra.

PENSÉ (observándola).

¿Cuál será el tamaño real de esta piedra? Para un microbio, lo que para mí una montaña; para una montaña, lo que para mí un microbio; no tiene tamaño real; lo mismo puede ser un mundo que no llegar á ser un átomo. Diríase que no existe nada, que todo es ilusión.

Oí de repente pasos. Me puse alerta.

PENSÉ

Alguien viene.

La voz de un caminante estalló con fuerza, entonando una copla.

PENSÉ

Ya debe estar cerca la madrugada. Al gallo ya no se le oía.

PENSÉ

Este que canta será algún labriego que irá al trabajo. Voy á preguntarle la hora que corre.

Su voz me sirvió de guía. Distinguí el borrón de su sombra. Me fuí hacia él.

YO (gritándole).

—¡Amigo!

ÉL

—¿Quién?

YO

—Esté tranquilo; no hay novedad.

El se paró. Yo seguí andando hasta llegar á su lado.

ÉL

—Buenos días. ¿Qué se ofrece?

YO

—Nada importante. Es preguntarle si sabrá lo que tardará el Sol en salir.

ÉL

—Poco. Si viene á tirarle á las perdices, bien puede encerrarse en el puesto

enseguida, porque los primeros claros van á empezar á verse.

Me había tomado por un cazador. Yo me callé, no fuera á sospechar de mí otra cosa que le infundiera más desconfianza.

YO

—Gracias.

ÉL

—A mandar, y suerte.

Siguió su camino. A los pocos pasos comenzó á cantar otra vez. El y su voz se extinguieron en la sombra.

Me quedé sólo. Dirigí mi vista al horizonte. Una franja de claridad muy tenue comenzaba á rozar las cumbres de los montes. La luz empezó á calar el fir-

mamento. Con la luz íbanse extinguiendo las estrellas.

PENSÉ (dirigiéndome á las estrellas).

Ya os vais, huís del Sol. Sois luz, y la luz os apaga, y la sombra os enciende. Diríase que la luz no existe, que es un delirio de las tinieblas, como la vida un fantasma de la muerte.

Las estrellas, dando latidos, íbanse extinguiendo; hubiérase dicho que corrían jadeantes á reunirse todas juntas en un punto, para formar abrazadas un cuerpo: el del Sol.

Poco á poco, con la lentitud de una agonía, íbase tintando de rosa el Oriente. En el cielo no había celajes, estaba impoluto.

Comenzaron á piar los pájaros.

No muy lejos oí chirriar un carro. La voz de un hombre le hacía coro blasfemando.

Los montes, las casas, los árboles, los sembrados, todo lo que estaba al alcance de mis ojos, lo distinguía de una manera vaga, como cosas en estado de larvas.

La gasa rosada del levante se tornó de color de fuego.

Comenzó el Sol á salir. Columbró los montes. Me fijé bien en él. Lo ví recortado en el inmenso espacio, como si hubiera sido una mancha de sangre que flotara en el agua azul de los mares. Y mis labios rieron.

PENSÉ

¿Qué es el Sol, comparado con esa inmensidad azul del cielo?

Me quedé contemplándolo otra vez; lo seguí atento con mis ojos deslizarse tranquilo por el cerúleo espacio. Me imaginé que era la llama de un fuego fátuo que corría por la superficie de un pantano. Del pantano sin límites de la nada.

LOS ROMANTICOS DE LA MUERTE

I

Yo estaba triste, muy triste. ¡Hubiera dejado la vida con las horas crepusculares de aquella tarde!

Anhelaba morir.

Sentado en una silla, junto á los vidrios del balcón, contemplaba cómo el Sol de un día de otoño, se capuzaba en la Tierra, dejando un horizonte manchado de sangre y de fango.

No tenía casas enfrente de mí. Unos montes cabillanos se extendían á mi vista, unos en pos de otros, hasta rozar con sus lomos bermejos, manchados por el verdor de los pinos, aquel cielo parecido á una laguna de podre.

Todo lo que mis ojos alcanzaban á ver acusaba cansancio de la vida.

Por instantes la claridad tornábase en sombra. Moría un día, y una noche se agitaba en el seno del tiempo, como los fetos en el vientre materno en el instante de salir á luz.

Silbaba el viento. De repente enmudecía, dejándolo todo en el mayor silencio.

Me incorporé. Sentí vacilar mis miembros. El corazón me aporreaba el pecho con violencia. Dos lágrimas hirvientes corrieron por mis mejillas. Me mordí los labios para contener el lloro. Una oleada de sangre, mucho más ígnea que las dos lágrimas, me aburó el rostro. Con el dorso de la mano lo toqué; echaba fuego. Chocaron mis dientes

unos contra otros. Me agitaba el temblor febril de los suicidas.

Arreciaba el viento; gruesas gotas de agua llevaba consigo. Los cristales quedaron cuajados de lágrimas del huracán.

Entonces ansié llorar. No pude. Di unas cuantas patadas contra el suelo. Me froté las manos. Una blasfemia pronunciaron mis labios. Grité: «¡Miseria! ¡Miseria! ¡Qué asco!»

Me acerqué á la mesa de trabajo; sobre ella destacábase un montoncito de trozos de papel. Una carta rasgada en varios pedazos. Cogí uno. Estaba en blanco. Lo tiré al suelo. Busqué con la mirada otro que estuviera escrito. Lo encontré en seguida; contenía tres retales de líneas. El primero decía: «Tú

tendrás suerte». El segundo: «¡Oh, Pedro!» Y el tercero: «No me guardes odio».

Muy cerca de mí había un sofá. Me tuve que dejar caer en él, por temor á rodar desplomado al suelo. De súbito, me dió frío, y con el frío, los sollozos y las lágrimas estallaron de todo mi sér atronando la estancia.

El Sol ya se había ido cuando yo me levanté, enjugándome las lágrimas con el pañuelo.

Me pareció que nevaba. Me volví á aproximar al balcón. ¡Nevaba!

Aquellos copos de nieve, á la par que lo alfombraban todo de blanco, iban acumulando en mi imaginación los recuerdos de instantes pasados en que, viendo también mecerse en el espacio

las plumas del frío, yo abrazado á ella y ella besándome en la boca á mí, chocábamos nuestras almas hasta sumergirnos en un oasis de fuego. ¿Era que la noche vino en aquel crepúsculo más tarde ó que el Sol huía á esconderse antes de su debida hora? ¡Qué atardecer más largo! ¡Qué vivir más intenso! ¡Creía yo que se arremolinaban junto á mi corazón los latidos del suyo, como aquel día en que ella, para disipar su frialdad de muerte, absorbía la última llamarada de fuego que ardía en mi pecho! ¡Cómo retrotraía á mí la existencia de mi vida pasada! ¡Y qué ojos los de mi pensamiento! Ojos de dios. El pensamiento es un dios.

Con la frente apoyada en los vidrios, pensaba... ¡Ay de mí! ¿Cómo poder en-

carcelar en un papel, cómo poder sujetar con las cadenas de las letras al dios Pensamiento?

Sonó el timbre de la puerta de entrada de mi cuarto.

¡La noche había llegado! ¡Mi cuerpo no estaba yerto en el suelo de la estancia! ¡Aún vivía!

Volvió á sonar el timbre. ¡Oh, que lucha la de aquellos instantes! La estancia estaba casi á obscuras. Una claridad vaga lanzaba á ella los reverberos públicos de la calle.

Yo, dejado caer de espaldas en un estante de libros, me mordía en silencio, con frenesí, las manos. De vez en cuando pronunciaba entredientes: «¡Cobarde! ¡Cobarde!»

Sonó por tercera vez el timbre y si-

multáneamente la voz de un hombre dijo: «¡Pedro! ¡Pedro!» Luego una pausa.

Una mujer musitó muy quedo, algunas palabras ininteligibles. La voz del hombre se mezcló con ellas.

Yo exclamé con un grito ahogado:

—¡Espérate un momento, Andrés; abro en seguida!

Los segundos se pasaban y yo no acudí á abrir. ¡Qué caro se cobró la muerte de mi desprecio á ella! La mesa, los estantes, las sillas, todo lo que se destacaba borroso en el ambiente plateado que subía de la calle, me pareció que se reía á carcajadas de mí y me escupía al rostro.

Se me cerraron los ojos. El soplo helado de un deliquio me tiró exánime al suelo.

II

—¡Pedro! ¡Pedro! Vuelve en tí, hombre—decía alguien muy cerca de mí, á la vez que me salpicaba el rostro con un líquido frío.

Estas palabras y la frialdad que sentí en la cara, fueron las manos que me arrancaron de un mundo para plantarme en otro.

—¡Pedro! ¡Pedro!—volvió á decir la misma voz.

Quise desplegar los párpados; no pude.

Los destellos de una lámpara eléctrica, que pendía del techo, hicieron presa en mis pupilas como garras de fiera.

Se revolcó mi espíritu febril en la caja de carne de mi cuerpo. ¡Oh, como arañaba, loco, las paredes de su prisión para salirse! Desde entónces comprendo cuán terrible debe ser volver á la vida después de estar encerrado en un féretro.

—¿Eres tú, Andrés?—musité agarrando la mano de mi amigo.

—Andrés y Carmen—contestó.

—Sí; aquí me tienes á mí también—prorrumpió la voz apagada de la joven.

Me incorporé, quedándome sentado en el suelo.

Los ojos aún los tenía sin abrir. Me los restregué nervioso.

—¿Estáis los dos solos?

—Los dos solos—contestaron ambos.

La voluntad de mi espíritu y la voluntad de la luz lucharon breves instan-

tes. Venció mi voluntad. ¡Cuán pocas veces ha vencido! Parecía decirle la luz á mi espíritu: «Te has incrustado en mi seno como esas piedras que se clavan en el barro y no se meten en él por la potencia de su impulsión, sino por la debilidad de la materia herida, pero que en otra superficie más fuerte hubieran resbalado».

Abrí los ojos. Hubo una pausa larga. Yo permanecí sentado sobre la tarima del piso; mis dos amigos, de rodillas, delante de mí.

Les miré á los dos. Ellos también me miraron.

Ni el menor ruido se sentía.

De súbito pasó por la calle un coche á todo trotar. Temblaron los cristales. Volvió á mandar el silencio.

—¿Cómo habéis podido abrir la puerta?

—Con esto—manifestó Andrés mostrándome una llave.

Enmudecimos los tres. ¿Qué pensarían ellos en este intervalo de esterilidad de nuestras lenguas?

—¿Tienes fuerzas para levantarte tú ó quieres que te ayudemos nosotros?—prorrumpió Andrés, rompiendo el silencio, como esas piedras que se lanzan á los estanques y que los rizan de ondas.

—Quiero morir—dije entredientes.

Andrés me miró á los ojos. ¡Oh, qué destellos despidieron sus pupilas al posar su mirada en la mía! Me dió miedo.

—¿Quieres morir?—dijo Andrés, después de cruzar una sonrisa tremenda con Carmen.

Le contesté con un movimiento afirmativo de cabeza.

Lo recuerdo y lloro. No creo que jamás hayan fusionado su dolor ningunos seres como lo hicimos en aquellos instantes nosotros. Cada uno de los tres bebimos lágrimas de los tres. Nuestros corazones se estrellaron mutuamente sus latidos.

¡Pero ella, ella era la que sentía el ideal con más ardor! ¡Era una romántica de la muerte!

III

—Carmen: Pedro también quiere morir—dijo Andrés, corroborando mi actitud con sus palabras.

—Quiero morir, pero soy un cobarde; no tengo valor para... —No pude continuar. Mis palabras se transformaron en hipos de llanto.

Abrí los brazos y los crucé en el cuello de mi amigo, derramando copiosas lágrimas.

¿Quién lloraría más de los tres? ¡Cierro los ojos y veo palpitar aquella escena, en la que tres infelices criaturas, presas en la cárcel de la vida, forcejeaban impotentes por salirse de ella!

Mi cabeza reclinada en el hombro de Andrés; la de Andrés en el mío; la de Carmen acostada en las de nosotros. Eramos un montón de humana basura, y aspirábamos, con el fuego que producía la fermentación de nuestro dolor, á consumirnos en la nada. Pero no lográ-

bamos nuestro deseo; tan sólo conseguíamos pudrirnos. Los estercoleros no se calcinan en un instante por sí solos; necesitan la lentitud del ardor de su podre.

IV

Carmen fué la primera que se levantó. Después Andrés. El último yo. Hubo un silencio.

Ella, de súbito, exclamó: ¡Pedro!

La miré.

Volvió á decir: ¡Pedro! Tú, el adorador de la vida, el poeta mundano... Tú, Pedro, que tantas veces en este mismo sitio, paseándote violento, has censura-

do nuestro hastío por la vida. Tú, Pedro...

No la dejé continuar.

—Yo, Carmen, soy un apóstata.

Andrés, sentado en una silla en un ángulo de la habitación, callaba con los ojos clavados en mí.

Carmen continuó diciendo: Di, Pedro, ¿por qué?

—No, Andrés! No me mortifiques más con tu mirada, con esos ojos de vidente. Habla, habla, te lo suplico, amigo mío. Tus palabras son botones de fuego, que destruyen cuanto tocan. Pero, ¡oh!, tu mirada, tu mirada no necesita calcinar para... —Esta última palabra la pronuncié entre sollozos, apretando fuertemente las dos manos de mi querido amigo.

—¿Sufres mucho?—me preguntó, le-

vantándose y posando una mano en uno de mis hombros.

—¡Tanto me duele la herida que no la siento!

—Entonces no te duele—murmuró con apatía—. Contesta á la pregunta de Cármen. ¿Por qué? ¿Has fracasado en tu última obra ó qué te pasa?

—No; yo no fracaso nunca en mi arte—grité indignado, con ese orgullo tan común en los escritores.

Sonrió Andrés.

—Sabiendo tú el triunfo que he tenido con «El alborear trágico», ¿para qué me interrogas de esa forma?

Iba á decirme algo cuando, de repente, se mordió sus labios y enmudeció.

—Es por ella! ¡Por Matilde! ¡Por «La Aurora»!

—¿Se ha muerto? ¿Está enferma?—exclamó con vehemencia.

—No. Se casa; me deja. Parece que la pasión por la riquezas la ha dominado. ¡También se venden los espíritus que creemos superiores!

—¡Pedro, no censures á los que se venden!—me dijo preñado de indignación.

—¡Para los que se venden tengo yo siempre un esputo en mis labios!

—Entonces comienza á lanzarlos al techo para que te caigan en tu rostro. Escúpeme á mí también. Amasa en tu boca uno tan grande que envuelva á toda la Humanidad.

Carmen, sentada, callaba contemplando á Andrés con embeleso.

Me quedé fijo en los dos. ¡Qué par de

seres más insólitos! Los dos vestían ropas negras. Los dos, pálidos y morenos. ¡Qué ojos los de ella! ¡Qué ojos los de él!

V

—¡Andrés, no profanes nuestro arte! ¡Nosotros elaboramos con el material más elevado que existe: con el del pensamiento! Oyelo bien. Nosotros, los que escribimos, somos los únicos que profesamos ocupación digna. ¡Ni tú ni yo jamás nos venderemos! Nosotros enseñamos. Nosotros castigamos los defectos sociales con nuestra crítica. Nosotros, con nuestros cerebros, hacemos brotar

chispas de luz, con las que iluminamos, los unos, belleza; los otros, sendas que conduzcan á un mundo sublime de redención. ¡Y me dices que te escupa á tí también, ¡oh, mi admirado amigo! Tú qué eres... ¡Ay, Andrés! Las alas del talento te han remontado demasiado alto, y perdóname que te diga no columbras la realidad; ¿ó me lo has dicho con ironía? No, no; tus labios no son pétalos que exhalan ese aroma. Tu frase «escúpeme á mi también» ha desgarrado la herida que me ha hecho Matilde y me la ha prolongado muchísimo más. Andrés: todo mi arte pasado y futuro lo taparía con un paño mágico como el de esos prestidigitadores que transforman las cosas. ¿Sabes para qué? Para cambiarlo por unas tijeras y cor-

tarte con ella la mitad de tus vuelos. Si tú descendieras de la altura en que estás hasta una región en la que el vaho de tu frente llegara á los hombres, curarías á la Humanidad en un instante del artritismo que padecen todos sus miembros, los que se agitarían libres por el mundo á la manera de los seres salvados por milagro, y entonces el salvador del mundo serías tú. ¿Lloras? ¿Por qué lloras, amigo mío?

Hice una pausa. Lo miré. Le corrían las lágrimas por las mejillas hasta caerle por la ancha chalina. Nunca me pareció aquel hombre tan grande. ¿Era hombre ó qué era? ¡Yo me figuraba que era algo más que hombre!

VI

—Andrés—continué diciéndole—. ¡Tú si que padeces!

De repente el recuerdo de Matilde me oprimió con violencia el corazón. Exhalé un grito.

—¡Cómo poder vivir sin ella!—grité ciñéndome la frente, nervioso, con ambas manos—. ¡Cómo producir yo sin ella más arte! ¡Cómo encresparse el mar sin el viento! ¡Oh, Andrés; ya no me dirán sus labios, besándome en los ojos, la noche de un estreno: «Gran poeta, toma tu premio.» Y, después, quedándose muy fija, muy fija en mi frente,

con sus soberbios ojos glaucos, orlados por pestañas doradas, como soles de esperanza, con destellos de oro, seguía diciendo: «Estate quieto Pedro, que estoy contemplando cómo llamea la luz de tu cerebro.» Yo, entre tanto, sentado sobre sus piernas, le besaba los senos.

—No te mortifiques más con los recuerdos, Pedro—prorrumpió Carmen muy triste.

Andrés se apresuró á decir:

—No; por el contrario. Pedro, mira con los ojos de tu pensamiento á aquella estrella de pasión que en el cielo de tu vida fulgure con mayor intensidad y deja que clave su luz en tu corazón. Por mucho que se queme no lo apartes jamás. ¡El volcán nunca huye de la chispa que arrojó! Antes se secará esa gota de

luz que la ubre de donde salió. Y una vez extinguida ya no te volverá á atormentar más. Pero si huyes, si tratas de sellar los párpados del recuerdo, para tapar el corazón con el velo de las tinieblas, más la encenderás y serás siempre su esclavo. Las estrellas brillan cuando ha desaparecido el Sol del espacio. Que tu corazón sea siempre un sol del mediodía que no se ponga nunca, para que el cielo de tu vida esté siempre claro y no palpite en él ninguna estrella. En este mundo, con lo que mejor se borra cada cosa, es con un diluvio de su misma materia. Una gota de agua donde antes muere es en el mar. Un mundo vive...

No terminó de expresar el pensamiento. ¿Qué iría á decir?

—Andrés, ¿por qué serán las criatu-

ras tan perversas?—exclamé de súbito cogiéndole una mano.

No me contestó.

Carmen, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos inmóviles, miraba al suelo pensando.

Un vendedor de periódicos pasó por la calle pregonando su mercancía.

Miré el reloj. Eran las diez y media. Cruzaron una mirada Andrés y Carmen.

—Nos vamos. Ya es muy tarde. Tu debes acostarte pronto, estarás muy cansado—murmuró Andrés insinuante.

—¡No, no! No os vayáis. Os lo ruego. Quedaos aquí conmigo. Mandaremos traer cena de un restorán próximo. ¡Vuestra compañía me alivia tanto!

Carmen se despojó de la toquilla que llevaba prendida en el pelo.

Era tan bella como rara aquella mujer, y era tan rara... ¡No, Carmen! Perdón. No te describo, no te hago esa ofensa. Mi pensamiento no esculpe estatuas á los muertos. ¿Habrá mayor ultraje para un sér que existió, para un sér que ya es dios, según decíais vosotros, tú y Andrés, que representarla en la baja figura humana?

....

....

VII

«La cobardía es el agua glacial que sofoca el fuego de los talentos. No poder hacer una cosa, es tener miedo para ejecutarla.»

Estas palabras, salidas de la boca de Andrés, fueron las últimas que se pronunciaron durante nuestro refrigerio de aquella noche.

Las doce sonaban en el reloj de una iglesia vecina, cuando el criado que nos sirvió me decía, con voz apagada, junto á la puerta, en el instante de irse:

—¿Quiénes son esos señores? Solo esta noche los he visto en mi vida y me voy queriéndolos tanto como á mis hijos.

Le dije sus nombres.

—¿Los escritores?—preguntó con un gesto de sorpresa.

—Sí.

—¡Quién lo diría! Dicen que en sus libros predican el robo. ¡Y hasta que los hombres se maten!

—¿Ya no los quieres?

—Desde esta noche soy anarquista.

—Si quieres seguir las doctrinas de ellos no tienes que ser anarquista. Para ellos lo mismo es el anarquista que el aristócrata más encopetado.

—Pues, ¿qué son entonces?

—Los profetas de un dios que está avergonzado de su obra y quiere destruirla sin dejar rastro de ella, pero para no reedificarla jamás. Para ellos el único delito que hay en el mundo es el de engendrar hijos. Así es que ya sabes lo que tienes que hacer, si quieres seguir su ejemplo.

—En eso les doy la razón; la perdición de los hombres son los hijos.

—No, no es eso, lo que ellos dicen: «La perdición de los hijos son los padres por haberlos generado.»

VIII

Regresé á la estancia donde se encontraban mis amigos; una habitación que daba al levante, en la cual habíamos cenado.

A Andrés y á Carmen los encontré de pie, dejados caer en los cristales de una ventana, mirando hacia fuera. Carmen musitaba:

No queremos vivir.
Queremos morir.
Queremos reir.
A los esbeltos chopos...

—¿Eres tú Pedro? ¡Lo que has tardado!—se apresuró á decir la joven ahogando el verso.

—¿Recitabas alguna poesía?

—¡Oh, no!

—Pues eso que yo he podido oir, rima.

—Rima tiene. Pero de ritmo carece. No hay una estrofa que tenga melodía. Son explosiones de mi pobre corazón. Son como si dijéramos los hipos que se escapan cuando se llora. Estábamos contemplando el campo, todo cubierto de nieve, y ese cielo tan limpio y esa Luna, tan satisfecha de su color de muerte, y Andrés me ha recordado unas cosas parecidas á los versos que hacéis los poetas, que yo la otra noche escribí.

—Quiero oir eso.

—¿Para qué? Te reirías. Te sublevarías si las oyeras. Tú, un poeta esclavo de lo clásico; un músico de la palabra. No, tú no podrías soportar ni dos estro-

fas seguidas de este gritar discordante y triste mío. Cuando se llora de verdad, Pedro, no puede haber armonía. Vosotros los poetas, por muy tristes que parezcan vuestros versos, no lloráis, cantáis en ellos. ¿Verdad, Pedro, y perdona que te pellizque en la herida, que tú, en estos instantes, no eres dueño de la paciencia que hace falta para colocar acentos y para medir palabras? ¿Verdad, Pedro, que cuando se sufre, que cuando se llora, estos ojos mortales (dándose con las manos en los ojos) se encuentran enterrados en lágrimas y no perciben el color y no perciben la forma de las cosas? ¡Pero (tocándose el corazón) entonces los de éste, lo que se dilatan! Los que sufrimos no oímos, no vemos, ¡sentimos! Para nosotros no hay Arte, no hay Cien-

cia. Somos unos pobres ciegos que no sabemos más que llorar: somos unos enfermos. Nosotros no comprendemos la vida. ¡Oh!; pero hemos comprendido la muerte. Estos agujeros (palpándose los ojos con vehemencia) están obstruídos de tanto llorar y es imposible que se filtren por ellos los torrentes de luz que emanan de la vida y queden represados en la imaginación para que después que fermenten dejarlos salir á que saturen los sentidos de las demás criaturas, con ese aroma que vosotros los artistas llamáis belleza y los sabios ciencia. Pero tenemos otros ojos que son tan grandes, ¡tan grandes!... Pedro, no puedo expresar con la palabra el pensamiento que anhelaba decirte. ¡Si supieras lo que sufro cuando las ideas acuden á posarse en

mi frente, como esas golondrinas que revolotean en bandadas sobre la superficie de los charcos y que no hacen más que rozar sus delicadas alas en el agua, dejando á la vez escapar un graznido de burla sin posarse jamás en el líquido ninguna!

El rostro lo tenía pulimentado de claridad lunar. Se quedó muda y pensativa. Una sonrisa emigmática se arrastró por sus labios.

Andrés, con la frente apoyada en los vidrios, contemplaba el campo absorto. Hubo unos instantes en que hubiérase dicho que nuestras vidas se habían escapado de nuestros cuerpos para volar hacia la Luna y darle un beso en sus labios de hielo.

IX

Yo fuí el primero que aparté mi vista de aquel símbolo lucido de la muerte.

De súbito dije:

—Carmen no hay cosa que serene más el alma que un panorama triste. ¡Cuán pocos se contemplarán tan tristes como éste!

—¡Oh!, Andrés, que me has muerto un ensueño—dijo melancólica Carmen.

—¿Soñabas?

—Vivía la vida que yo comprendo, Pedro — siguió diciendo agarrándome un brazo—. ¿Ves todo ese desierto ampo, todo ese desierto de nieve? ¿Ves ese cielo azul y esa mancha amarilla que lla-

mamos Luna? Pues con ello soñaba, con ello vivía.

Se pasó la mano por la frente y exhaló un suspiro.

Andrés seguía inmóvil apoyada su frente en los cristales. Estuve tentado de preguntarle: «¿En qué piensas?»; pero me dió pena de robarle ni un instante de aquel letargo de que aparentaba ser presa.

El recuerdo de Matilde picoteó dos ó tres veces en mi corazón. No pudo sacar sangre de él. Se había quedado tan frío como la nieve que albeaba en el campo.—El hielo borra las pasiones más que el tiempo—, pensé. Es preferible un puñado de nieve á una eternidad de siglos. ¿Si será el hielo el diluvio del fuego?

JOAQUÍN ARDERIUS

X

—Carmen, yo quisiera oir esos versos que recitabas cuando entré—le dije insinuante.

Ella contestó:

—Tú, en estos momentos, ¿quién eres? ¿El seductor frívolo que está observando cómo se despoja de las vestiduras su infeliz víctima, para, una vez ya desnuda, contemplarla desde las uñas de los pies hasta el último rizo de su cabellera, y medirle todas sus líneas con el compás de la belleza, de esa belleza tan embustera como fugaz, de esa belleza que á mí tanto me repugna, y luego reirse en

sus adentros de aquella parte del cuerpo que le sobre ó que le falte, con arreglo á una estética prefijada, ó eres el hijo amoroso próximo á expirar, que, abrazado al cuello de su madre, quiere apretar contra su corazón los lacios senos y revolcar su rostro febril en la cara senil, dejando á un lado la materia del cuerpo?...

—No sigas, Carmen; para tus versos seré este último hombre.

—¡Ah! Aunque fueras el primero, también te los diría. ¿Qué me importan las risas de los hombres, si estoy sorda?; ¿qué me importan las muecas de los hombres, si estoy ciega? Andrés, sé tú como nosotros. No veas jamás del Sol la luz, que todo lo que alumbra es una ilusión; siente mejor en tu cuerpo su calor.

Estaba una noche con mucha pena, y comencé á llorar así...

—Carmen, llora, que no me fijaré en las contracciones de tu rostro, porque eso tan sólo son guiños que conmueven á risa, sino en la pena que te aflige.

—¡Oh, Pedro! Que ya has comenzado á comprendernos.

Andrés, en silencio, volvió su cabeza y me besó en la frente.

Carmen comenzó á decir:

Allá, muy lejos, suena la una,
en el azul del cielo brilla la luna;
el firmamento, sin nubes está,
cual un semillero de amor y verdad.
Por entre dos liños de chopos, un río avanza,
como buscando algo, que nunca alcanza;
se le parece al tiempo, siempre marchando,
jamás en su camino, ni un paso adelantando.

Suenan las dos,
á la orilla del río suspiro yo;
en mi tristeza, yo creo soñar
que á la Luna, en el río, van á enterrar.
A los esbeltos chopos sombríos
los flajelan con ira vientos bravíos;
en sus murmullos parecen llorar,
llorar por la Luna, que van á enterrar.
Pálida, desteñida,
la faz sin vida.
Semejante á un muerto,
en un sudario envuelto,
contemplo á la Luna en el río,
liada en el líquido frío.
Los árboles parecen hombres en un funeral
y el lecho del río, la fosa letal;
....
La Luna, en el cielo, su camino siguió,
y su imágen del agua también se extinguió.

(YO, le digo á los árboles).

Ya que de la Luna, no quedan restos,
¿por qué lloráis, chopos enhiestos?

(ELLOS, me dicen).

No queremos vivir,
queremos morir,
queremos reir.

(YO)

¿Es que en la muerte no se llora?

(ELLOS)

No: la muerte es la aurora;
la muerte es el nacer,
es el alba del placer.

(YO)

Y ¿ese alba se ve?

(ELLOS)

Sí, sí, sí,
me dicen silbando,
con sus ramas al cielo indicando,
ahí, ahí, ahí.

Me quedo al cielo estático mirando:
el firmamento sin nubes está,
cual un semillero de amor y verdad.
La Luna, risueña,
su faz me enseña.

(YO, exclamo con los árboles).

No queremos vivir,
queremos morir,
queremos reir.
A los esbeltos chopos sombríos
los flajelan con ira vientos bravíos;
en sus murmullos parecen llorar,
llorar porque anhelan sus fosas cavar.
La Luna, risueña,
su faz me enseña.
Suenan las tres,
¡cuándo me iré!

Al dejar la pluma abandonada sobre la mesa, si hubiera tenido delante de mí un río, me hubiera arrojado á él—dijo poniendo fin á sus versos.

Nos quedamos los tres contemplando á la Luna. ¡Aquella noche también reía!

Yo recité con la imaginación:

No quiero vivir,
quisiera morir,
quisiera reír.

En aquel mismo instante un reloj próximo pregonó las tres. No pude contenerme, y dije con toda la fuerza de mis pulmones:

«¡Cuándo me iré!»

—Mi musa cuán diferente es de la tuya, Pedro. Mírala—y sacando un papel del pecho, desdoblándolo, me lo dió para que lo viera.

Un féretro había en él pintado con tinta china, y debajo escritas estas palabras:

«Todos los poetas soñaron con musas intangibles. Dejaron de ser poetas sin llegar á besar la frente de su ideal: ¡Quisieron besar el dosel azul del firmamento, y por mucho que se remontaron no llegaron jamás! ¡Cómo iban á llegar, si lo que ellos creían ver era un telo que llevaban pegado á los ojos! Todos en tu seno tuvieron que meterse. Tú también eres una ilusión, pero eres la última; por eso, de entre todas las mentiras, á la que más amo es á tí. Eres la anunciación de la verdad. ¡Qué lástima que todas las criaturas no supieran amarte como yo, que entonces la pesadilla de la vida sería menos triste!»

Volví á doblar aquel papel y se lo dí en silencio.

Ella lo ocultó en su pecho.

Andrés dijo, con los ojos atentos á la Luna:

—¡Qué semblante más placentero llevas! En tu gesto flota el placer del propio bienestar, pero también se adivina la burla del sufrir ajeno. Quizá te rías de la mueca tan terrible de dolor que llevará la tierra!

XI

Apagamos la lámpara y nos sentamos en unas sillas, junto á la ventana.

La Luna llenaba la estancia con una luz de melancolía sublime.

Una llanura sin árboles se dilataba hasta tocar con el cielo. La Luna vomita-

ba sobre ella sus resplandores, y la nieve los rechazaba despreciativamente.

¡Oh, aquella decoración de la Naturaleza!

A mí me parecía que el disco plateado de la Luna desplomábase sobre el blanco paño de la nieve, y ese ficticio deseo de la Luna lo comparaba con el ansia de regeneración de los hombres.

—Se experimenta un bienestar infinito al borde de los peligros. ¡Qué agradable es el ambiente que exhala la estufa contemplando el peligro helado de la nieve! Cuanto más frío se imagina uno que hace fuera, más amor se le tiene al fuego—murmuró Carmen haciendo unos signos con uno de sus dedos en el vaho que empañaba los cristales.

Andrés parecía dormido.

Carmen siguió hablando, pero á mí me fué imposible oir lo que decía. Me besaba en los ojos el sueño; el sueño más dulce que he tenido.

XII

La noche íbase alejando, yo no sé hacia dónde, cuando me desperté.

El día comenzaba á clavar su soberbio ojo en la Tierra, como un ave de rapiña sobre un cordero. Amanecía.

—¡Carmen! ¡Andrés!—grité, al observar que no estaba ninguno de los dos en sus respectivas sillas ni en ningún otro sitio de la estancia. —¡Carmen! ¡Andrés! ¡Andrés!—volví á decir.

No contestaron.

Yo me disponía á salir para buscarlos en otra habitación, cuando distinguí una cuartilla escrita sobre la mesa en donde habíamos cenado. La agarré y la leí á media voz. Decía así:

«Dios es la nada. Y su poder es la negación infinita de todo. El Sol, el corazón de Dios. Los mundos, gotas del Sol. Los hombres, microbios de un mundo. Somos nada; somos dios.

Carmen y Andrés.»

Me fuí á la ventana, que estaba abierta de par en par. Miré hacia fuera. Los cuerpos de los dos estaban rígidos, incrustados en la nieve. Yo me encontraba como idiotizado. En el cielo, en aquel instante, evaporaba el Sol un celaje ró-

seo, en cuyo seno me parecía que iban los dos, y que se sumergieron en la inmensidad azul del cielo. Una pareja de pájaros pasó junto á mí piando. ¡Eran ellos, que reían como la Luna!

ÍNDICE

PÁGINAS

SE ACABÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DÍA XX DE SEPTIEMBRE DEL AÑO MCMXV
EN LA IMPRENTA HISPANO-ALEMANA,
GONZALO DE CÓRDOVA, 22.
MADRID





